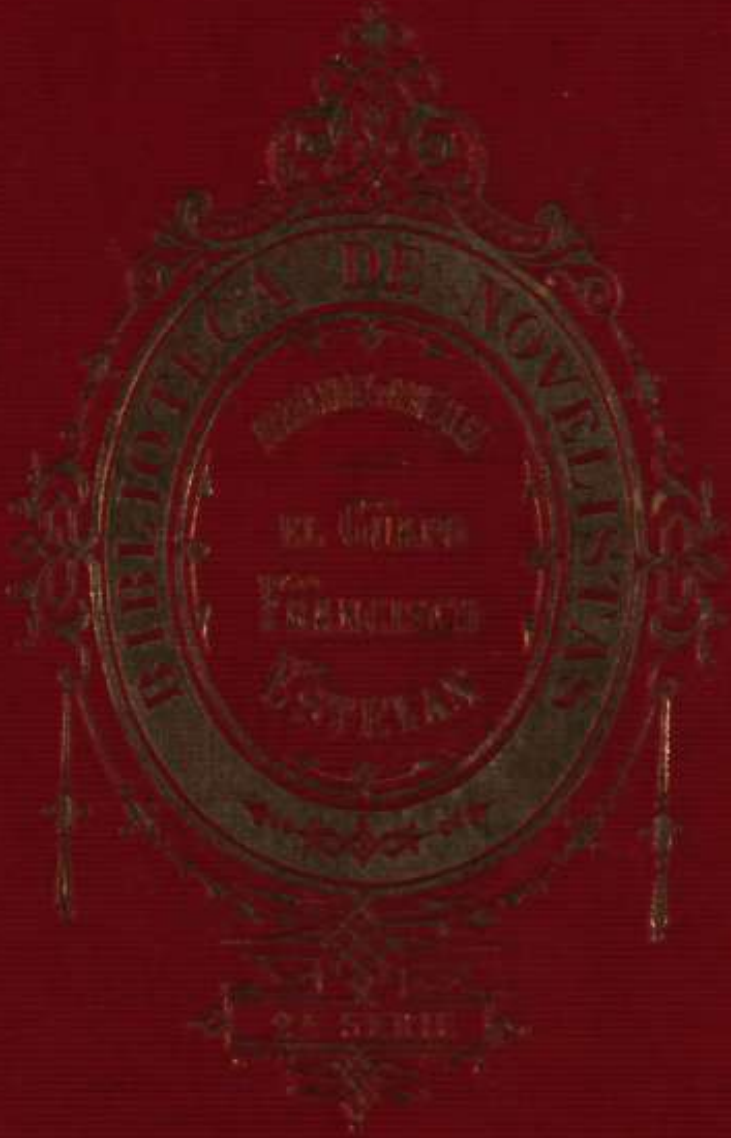

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA
Granada

EL GUAPO

FRANCISCO ESTEVAN

PARIS. — IMP. SIMON RAÇON ET COMP., RUE D'ERFURTH, 1.

R. 42.045

CRONICAS ROMANCESCAS DE ESPAÑA

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

EL GUAPO

FRANCISCO ESTEVAN

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

TOMO PRIMERO

PARIS
LIBRERIA DE ROSA Y BOURET
23, CALLE VISCONTI, 23

1868

Propiedad de los editores

CAPITULO PRIMERO

BIOGRAFÍA DE NUESTRO HÉROE

I

Cartagena de Levante, como la llamaban nuestros abuelos sin duda para diferenciarla de Cartagena de Indias, que tambien era nuestra, es el mejor puerto del Mediterráneo, tal vez, y sin tal vez el mejor del mundo.

Hoy es un magnífico arsenal y un puerto militar de primer órden.

Cartagena, como todas las ciudades de nuestra hidalga y generosa España, está cargada de recuerdos gloriosos; pero su mayor gloria consiste en haber sido patria del famoso Francisco Estévan el Guapo, el atrevido corsario de los mares de Levante.

II

Los cantos populares de España repiten el nombre de Francisco Estévan, que ha llegado á ser proverbial, y las leyendas populares, repetidas de padres á hijos, mantienen la memoria romancesca de este héroe de las bizarrías, de la generosidad y de los amores.

Su sobrenombre de Guapo, necesita una esplicacion.

En todas las provincias de España, menos en las del Mediodía y Levante, guapo es sinónimo de bonito ; en Andalucía y en toda la costa del Mediterráneo hasta Cartagena, guapo significa valiente, y no solo valiente, sino valiente que tiene á gala el valor, que ama el peligro, que le basta con saber que hay otro guapo renombrado, y aun á costa de un viaje, siquiera sea largo, va á buscarle y á decirle cortesmente...

Pero ya veremos cómo trata un guapo á otro guapo en el discurso de este relato.

III

Francisco Estévan fue hijo de Pedro Estévan, piloto y tambien guapo, y de tal manera que muchas de sus hazañas se confunden con las de su hijo, y de Doña María de Zayas-Vedras, buena hidalga gallega que su padre habia conocido en un viaje que hizo á la Coruña, de la cual se prendó por hermosa, gentil y discreta y á mas que por esto, por renombrada á causa de sus grandes prendas, y para casarse con la cual se vió obligado á buscar y maltratar duramente á no sabemos cuántos buenos mozos gallegos que andaban que bebian los vientos por las buenas dotes de Doña María.

En fin, Pedro la asombró de su valor, la ena-

moró con su buena figura y con su gracejo, y se casó con ella, vendió la dote de su mujer que no era para despreciada, porque no queria tener nada de Galicia ni de ella mas que Doña María, y metiéndola en su barco, que no podia detenerse mas, se volvió con ella á Cartagena, donde á los nueve meses menos quince dias despues de su casamiento dió á luz al terror del mundo, como diria yo si fuera portugués ó como dirian los portugueses si hubiera sido portugués Francisco Estévan.

Ha habido otro Estévan, no Francisco, ni generoso ni noble, sino contrabandista y rufian y un poco ladron cuando venia á mano que guapeaba tambien y era hombre de puños y de empeños.

Pero no hay que confundir á este bandido con el verdadero Francisco Estévan el Guapo, que es por sí mismo una originalidad, una historia romancesca, y una honra de Cartagena, su patria.

IV

Crióle en el temor de Dios y en las buenas costumbres su madre, porque aunque alegre y viva y amiga de divertirse y aficionada á los valientes y aunque fumaba de cuando en cuando un cigarrillo, y tocaba la guitarra, y bailaba cuando podia, y soltaba un taco redondo cuando venia á pelo, era muy cristiana y muy honrada y tanto que habia que mirarse muy mucho en lo tocante á ella y ver lo que con ella se hablaba, y no meterse en murmuraciones ni en revolver vidas agenas, porque en cuanto se la tocaba minimamente á un dedo ó se hablaba mal de alguien, ya se tenia encima á Doña María de palabra y de obra, y no blandamente, sin que para castigar al indiscreto

fuese de manera alguna necesaria la intervencion de Pedro.

De este marino guapo y aquella hembra brava, no podia salir sino un hombre guapísimo, la flor y nata de la guapería, y para que no tuviese un igual ó para que no hubiese en la familia uno que no fuese guapo, su madre, en cuanto le parió echó la cerradera, aunque solo tenia diez y siete años, y no le dió mas hermanos, vinculando en él la sangre brava de su estirpe por ambas líneas.

Y como Doña María era hidalga de solar y de los buenos, y como su padre era noble como el Rey, y á mas de noble marino, y marino de Rey, porque montaba como capitan piloto un bergantin corsario de seis cañones, claro está que la sangre de Francisco Estévan era no solo limpia y estralimpia sino ilustre.

Y como la madre tenia unos dos mil ducados de renta, lo que para aquel tiempo era mucho y el Pedro dos barcos suyos que hacian la escala

del Mediterráneo sacando grandes provechos de la esplotacion del cabotaje, nuestro héroe se crió sin miseria teniendo cuanto se le apetecia y con la voluntad entera y nunca contrariada, salvas algunas escepciones de que daremos cuenta á nuestros lectores.

V

Dispusóle su padre para marino, y por lo tanto le hizo estudiar de firme á fin de que su hijo no fuese un volo, y de su primera educacion se encargó su madre, que era un tanto leida, y de la segunda los frailes escolapios, y de la tercera, esto es, de la facultativa, su padre á bordo del buque titulado San Juan Bautista.

VI

Pasó su infancia nuestro héroe al sol y á los aires; primero en el huerto de su casa, al lado de la mar, cerca del puerto, cuando fue pequeño, jugando con barcos de corcho, en el gran estanque, trepando primero á los arbustos y despues á los árboles, andando por los tejados y haciendo rabiar á los gatos, revolviéndolo todo y siendo un pequeño diablillo, y cuando fue mayor en la playa á donde le llevaba un marinero inválido que servia de criado en su casa.

Aun no tenia cuatro años y ya el angelito nadaba y se chapuzaba en el estanque del huerto, dando sustos á su madre, que lo cogia por

una pierna, lo sacaba del agua y le aplicaba guapamente una azotaina, que Francisco sufria con impaciencia, pero sin llorar ni dar gritos, lo que ya en tan corta edad era una señal fuertísima de fortaleza ó como diria un guapo del poder que mas adelante le hizo tan famoso.

A los diez años, Francisco era un nadador consumado y un pequeño reñidor terrible, de tal manera que para poder con él tenian necesidad de reunirse seis ó siete de su misma edad, y estaba tan engreido que aun hasta á los hombres empezaba á atreverse.

Acontecia que alguna vez entraba en su casa descalabrado y mordido, y entonces su madre le aplicaba una buena paliza y mientras le zurraba le decia:

— Toma, cobarde, para que otra vez no vuelvas á dejarte hacer sangre: ¡qué vergüenza! ¡este mal hijo que Dios me ha dado me va á quitar la vida!

El padre estaba allí, presenciaba tranquilamente el castigo sin evitarle ni atenuarle fumándose su chicote, que nunca se le caia de la boca sino cuando comia ó dormia, y despues daba dos ó tres sacudidas al muchacho y le echaba un sermon sobre el valor que duraba tres horas largas y que se grababa profundamente en el ánimo del niño.

VII

Cuando el chico tuvo quince años y supo latin, y filosofía y letras humanas y matemáticas, y habia hecho ya mas de diez viajes á lo largo de la costa con su padre y era ya casi un marinero, Pedro salió de su camarote con dos espadas prietas en la una mano y una careta y un coleto en la

otra y dijo á Francisco que estaba en el puente dándole la careta y el coleto de ante, y arrojándole una espada á los pies.

— Vamos á ver, Señor Guapo, cómo aprendemos á despachar limpiamente á un jaque en menos tiempo que tarda en persignarse un cura loco: la espada es dura y pesa y no se sabe qué hacer con ella, pero el uso hace cucharas, y dia llegará en que la espada te parezca una paja y le quites al prógimo de una estocada la pestaña que te dé la gana.

Con asombro de su padre, y con un poco de celos, fuerza es decirlo, y con un mucho de orgullo, á los seis meses de esgrima, el mozo se le hizo difícil, se le hizo grande y á cada paso se veia obligado á oir lo siguiente:

— ¡ Qué os toco padre !

— ¡ Qué me tocas ! ¡ vah ! contestaba algo picado ; ¡ qué has de tocarme tú á mí á quien no ha tocado nadie ! ¿ tócame si puedes, chivato ?

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

— ¿Qué os toque?

— Sí, sí, tócame.

— ¿Y luego si os duele?

— Si me duele te regalo un doblon de á ocho para que te diviertas.

—Pues allá va, padre, á la tetilla.

Y tocó á Pedro, que se puso pálido.

Pero quien le tocaba era su hijo, su discípulo, y esto siquiera le contrariase, lo llenaba por otra parte de orgullo.

Dió á su hijo un doblon de á ocho, y le permitió que estuviese en tierra ocho dias.

Su madre le besó frenética, y le dió cinco doblones cuando supo que habia tocado á su padre.

—Tú serás la honra de la familia, dijo.

—¿Pues qué, esclamó Pedro, la familia no estaba ya bastante honrada?

—Sí, hombre, sí; contestó Doña María: pero nunca es mal año por mucho trigo, y cuanto mas mejor.

Y miraba enamorada á su hijo, que era un gentilísimo mancebo, y llevaba muy bien su uniforme de la marina real, como guardia.

Francisco, lo era en premio de los buenos servicios de su padre, aunque nunca habia estado en ningun Santelmo.

Despues de terminada la guerra de sucesion, tanto habia hecho Pedro sobre las costas trayendo y llevando avisos y combatiendo con buques ingleses, que Felipe V le hizo caballero, y le dió el grado de teniente de navío, y á perpetuidad el mando del bergantin de guerra San Juan Bautista.

VIII

Algun tiempo despues, Francisco esgrimiendo con su padre, le dijo:

—Padre, si me diérais licencia yo os desarmaria.

—¡Muchacho, muchacho! dijo Pedro haciéndose un paso atrás, bajando su espada y mirando fija y severamente á su hijo: ¿sabes tú lo que has dicho?

—Lo he dicho padre, contestó con respeto y con cariño Francisco, para demostraros que he aprovechado vuestras lecciones.

—Bueno, bien; pero no tan calvos que se nos

vean los sesos. ¿Crées tú fácil cosa desarmarme á mí?

—No es que lo crea fácil, lo que creo es que puedo, porque mirad, os ataco, os aquejo, os pongo en falso, y...

—Francisco, me están dando ganas de meterte un cintarazo.

—Como querais padre, dijo Francisco sonriendo; y si os enoja que yo os desarme, no os desarmaré.

—¡Vive Dios, arrapiezo! dijo Pedro Estévan: veamos como haces tú.

—Pues cuidado, padre, mucho cuidado, dijo Francisco, y atacó.

Al cabo de algunos segundos, habia desarmado el hijo al padre.

Francisco arrojó la espada, se lanzó al cuello

de su padre, le besó en la boca y le dijo con ternura:

—¿Estais contento de mí, padre mio?

—¡Si! ¡qué diablo! esclamó Pedro rechazando dulcemente á su hijo y limpiándose la frente. ¡Me has hecho sudar! ¡que si estoy contento de tí! ¡Voy á comprarte un caballo! ¡Es necesario que no sepas montar solamente el caballo de palo: es necesario que seas tan buen ginete como buen espada! ¡pues no me he de alegrar, cuerpo de Belcebú! quien me vence á mí, puede estar seguro de que no le vence nadie... y es muy bueno para un padre, saber que á su hijo no pueden matarle mas que á traicion y de un tiro; y desengáñate, á los valientes reconocidos por todo el mundo, nadie se atreve á hacerles una alevosía, no sea que les falte el golpe y el valiente los despedace. Bien, muy bien, hijo mio; eres la primera espada de Cartagena, la primera de España... ¡Bah! ¡bah! eso es poco, la primera del mundo.

Y abrazó llorando de alegría á su hijo.

—Pero, añadió: no te confíes en tu destreza: la confianza es muy mala: muchos valientes han perecido por demasiadamente confiados.

—¡Confiar, padre! contestó sonriendo de una manera particular el mancebo; sí, confiar en Dios que no engaña á nadie y luego en los puños y en el corazon.

IX

Cuando Doña María de Zayas-Vedras supo esta hazaña de Francisco, creyó morir de placer y se permitió bromas acerca de su vencimiento con Pedro, porque las mujeres que son buenas madres, antes que á todo, aman á sus hijos.

Pedro compró un magnífico alazan á Francisco y su madre le regaló los arneses.

Francisco se hizo tan buen ginete como se habia hecho buen espada, y á los veinte años era tan buen marino, como buen espada y como buen ginete.

Además, era un buen mozo en toda la estension de la palabra; los hombres le temian y las mujeres le deseaban.

Pero Francisco estaba todavía en el Paraiso.

Aun no habia pensado en el amor.

Tal vez porque para que amase se necesitaba, como dicen los andaluces, mucha mujer.

X

Poco despues de haber cumplido los veinte años en 1721, el Rey le confirió el grado de alférez de navío, y la gracia de que sirviese como segundo del bergantin San Juan Bautista al lado de su padre.

XI

Todo sonreía á nuestro jóven.

Podia decirse que era el hijo predilecto de esa caprichosa diosa que se llama Fortuna.

Pero como es caprichosa, quiso que su favorito esperimentase un dolor agudo.

Qué dolor fue este, lo diremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO II

CUAL FUE EL PRIMER DOLOR DE FRANCISCO ESTEVAN

I

Cide-Aliatar-Benabarre, era un viejo y terrible corsario tunecino, que tenia en consternacion á los habitantes del litoral de Levante de España.

Tan pronto hacia una fechoría en las playas de

Marbella, como en las de Málaga, como en las de Almería, como en las de Cartagena.

Cautivaba las gentes, incendiaba las heredades, robaba ganados, y siempre dejaba un insolente papel escrito que decia:

« El invencible Cide-Aliatar-Benabarre, se ha paseado por vuestra tierra, perros rumíes (cristianos); id vosotros á pasear en la suya, ó buscadle en la mar. »

Casi siempre que esto sucedia, no habia en el litoral del Mediterráneo, desde Gibraltar hasta Barcelona, mas que tres ó cuatro barcos de Rey tan pequeños ó mas pequeños aun que el San Juan Bautista.

España, completamente postrada durante el reinado del Rey sombra, del Rey enfermo, del Rey martir, en quien murió la soberbia dinastía hispano-austriaca de Cárlos II, no habia podido levantarse aun de su estrema postracion bajo Felipe V.

La guerra de sucesion, larga y desastrosa guerra de doce años, habia acabado de postrarla.

La reaccion se efectuaba en los primeros tiempos, despues de la guerra, de una manera muy lenta: era necesario que mediase el siglo para que España fuese, bajo Cárlos III, la primera nacion marítima del mundo, y para que sus tesorerías se apuntalasen para que no las hiciera desplomarse el peso del dinero.

Así es que las acometidas aleves de Cide-Aliatar-Benabarre y sus fanfarronadas, se quedaban sin castigo.

II

Habia fuera del puerto de Cartagena, hácia Poniente en medio de unos magníficos viñedos, una quinta casi arruinada y habitada solamente por el capataz de la viña y por su familia.

El miedo á los corsarios de Africa, rapaces y crueles, habia hecho que los dueños de la quinta no se atrevieran á habitarla, y que la hubiesen abandonado de tal manera, durante muchos años que casi estaba á punto de arruinarse por sí misma.

Pedro Estévan, con su hijo á bordo del San Juan Bautista, habia estado protegiendo durante seis meses la costa de Almeria, donde los piratas africanos habian hecho una *razia*.

Cuando se hizo á la vela y salió del puerto de Cartagena, vió abandonada y triste y solitaria la quinta de los Azahares, que así se llamaba la de que nos ocupamos; pero cuando volvió á los seis meses, se encontró con que parecia que se habian llevado la quinta vieja y habian traido otra nueva flamante, bellísima, pintados los muros á la flamenca, y cubierta de tejas vidriadas de colores, de las cuales los rayos del sol arrancaban un tornasol brillante.

En el momento en que Pedro Estévan tomaba su anteojo y miraba con él para apreciar los detalles de la quinta, un ginete jóven, gallardo y buen mozo, como de veintiseis á veintiocho años, subia al galope por el repecho que de la playa conducia á la quinta, y hacia señas con su pañuelo á una jóven y hermosísima dama blanca y rubia, que vestida de blanco en uno de los miradores de la quinta apareció.

Algunos sirvientes iban de acá para allá por

la terraza, que cubierta de un tupido emparrado delante de la fachada principal de la quinta se estendia.

— Ven acá y mira, Francisco, dijo Pedro á su hijo señalándole la quinta y dándole su anteojo.

— ¡Diablo! han carenado y armado de nuevo á ese cascajo, dijo Francisco Estévan: pero vive Dios, que lo mejor que veo no es la quinta, sino cierta señora, rubia como un querubin, que está en un balcon.

— Una hermosa muchacha á fe mia, dijo Pedro: y no es pariente del viejo Marqués de Casto Ponce, que hace mucho tiempo se estaba muriendo solo; en ese punto se lo he oido decir muchas veces: — « A lo menos, señor capitan Estévan, con mi rica vinculacion no se regodeará ningun canalla de pariente, porque no me ha quedado uno solo ni cerca ni lejos; nadie me desea la muerte; mi vinculacion y mi título pasarán al fisco; casi, casi, casi, he estado por fundar un

convento de frailes ó de monjas para que me heredasen; pero he desistido, yo he sido un buen hombre, y no tengo necesidad de que rueguen por mí á Dios: todo ello se reducirá á unos cuantos siglos de purgatorio, y por ahí todos tenemos que pasar. »

Calló Pedro Estévan, y su hijo no le contestó una sola palabra.

No habia dejado de asestar su anteojo á la quinta, y parecia un tanto conmovido.

— ¡Diablo, muchacho! esclamó el viejo marino quitando á su hijo el anteojo... ¿te habrás enamorado de la hermosa rubia?

— ¡Enamorarme! ¿y qué es enamorarse? respondió el jóven sonriendo.

— Ponerse uno pálido y temblarle las megillas y algo mas, cuando se vé á una hija de Eva que se queda con nosotros, contestó Pedro en el ligero lenguaje figurado de las gentes del medio dia:

lo mismo que te ha sucedido al ver á esa rubia, me sucedió á mí cuando ví la primera vez á tu madre.

— ¡Oh! ¡mi buena madre! y qué deseos tengo de verla, respondió Francisco, esquivando contestar con referencia á la impresion que la dama de la quinta le habia causado por ese inapreciable pudor de los primeros amores.

— Pues poco hemos de vivir si no vemos á tu madre: ya estamos encima de la entrada del puerto; pero esos de la quinta, sean ó no parientes del Marqués, deben estar locos; al diablo se le ocurre venirse á vivir á la costa, á una casa que no puede ser protegida por el fuego de los fuertes, y luego que de noche no hay proteccion posible, y esos perros de Benavarre caen sobre nuestras costas como un aluvion de la noche á la mañana: mientras nosotros andemos por aquí no hay cuidado, pero se me antoja que nos van á enviar antes de mucho á Barcelona: daria... no

sé decir bien lo que daria por poder abordar á ese perro de Benabarre.

— Dejad, padre, contestó Francisco, que nunca es tarde si la dicha es buena, y yo tengo para mi que quien va á tener el gusto de colgar de un penol á ese canalla de Benabarre, voy á ser yo.

— ¿Y por qué tú y yo no? respondió un tanto amostazado Pedro.

— Qué se yo, padre, pero me lo da el corazon.

— Vamos, tú no quieres dejar nada para nadie, tú quieres hacértelo todo solo.

— No es eso, padre, sino que...

— Eso no es otra cosa sino que tienes el corazon muy alegre: vamos, á mandar la maniobra para enfilar la entrada del puerto por el canal: ya es el momento.

Algun tiempo despues el San Juan Bautista fondeaba y saludaba á la plaza.

III

Ellos no podian saltar en tierra hasta el dia siguiente, pero Doña María vino á bordo.

Despues de los primeros y naturales momentos de efusion, y mientras cenaban en la cámara conmovidos todavía, Pedro dijo á su mujer:

— Oye María: ¿se ha muerto el petate del Marqués de Castro-Ponce?

— Nada menos que eso: ¡si se ha rejuvenecido!

— Entonces es que ha resucitado: ¿pero no

comes, muchacho?: este pez emperador haria tener apetito á un muerto... vamos, tú te me has enamorado.

— ¡ Enamorado ! ¿y de quién? saltó la madre; ¿de alguna de las de ojazos negros de Motril? tienen muy buenos ojos las motrileñas.

— Pues yo creo que se trata de unos ojos azules, de unos ojos de cielo.

Se marcó una espresion de impaciencia en los ojos de Francisco, que era un tanto altivo y un tanto dominante como todos los valientes que saben que lo son.

No se le habia criado para tener otro carácter.

— Pues si te has enamorado, chiquillo, dijo Pedro tragando á dos mandíbulas, esto ha sido un escopetazo: figúrate, mujer, que esos ojos azules de que yo hablo están en una cara de ángel blanca y sonrosada, bajo unos cabellos rubios

como el oro vírgen, y todo esto, á lo mas, con diez y siete ó diez y ocho años.

— ¡Calla! pues me estás pintando á Claudia, la sobrina del Marqués de Castro-Ponce que vino dos dias despues de haberos hecho á la vela: vamos, si era una risa ver lo desesperado que estaba el Marqués : — « Doña María, me decia, yo no sé quién ha inventado esto de los parentescos; yo que no me habia casado ni me habia metido sériamente con ninguna mujer por no aumentar los pocos con que me encontré cuando vine al mundo, me encuentro ahora con que yo no sé de donde me han salido dos sobrinos, que creen que me causan mucho placer cuando me dicen : mi querido tio, mi buen tio, mi escelente tio... » pero, en fin, cuando tú vayas á ver al Marqués, que debes ir, á pesar de tu oposicion á hacer visitas, porque el Marqués es un bueno y antiguo amigo, él te dirá : ¡qué! decirte yo todo lo que él me ha dicho cuando vino á refugiarse á casa,

para hablar algo como él decia con libertad, seria el cuento de nunca acabar.

— Iré, iré, dijo Pedro, y llevaré á este; el viejo Marqués estima mucho á nuestro Francisco: pero dime : ¿quién es un gallardo caballero que tambien hemos visto que subia á caballo hácia la quinta y hacia señas á la señorita de los ojos azules?

— ¡Quién ha de ser mas que su hermano el Marqués de Sargado! un verdadero gentil-hombre, Pedro.

Francisco esperimentó una sensacion de placer inefable al saber que el caballero que habia hecho señas á la dama con el pañuelo era su hermano.

IV

Y así siguieron hablando mientras duró la cena, despues de la cual, y no pudiendo permanecer á bordo Doña María, bajó á la chalupa, en la que la condujeron al muelle su hijo y su marido.

Estos se volvieron al bergantin.

Al acostarse Pedro dijo á Francisco:

—Sabes que se me ocurre una cosa, muchacho.

—¿Qué, padre? contestó Francisco distraido.

—Que el Marqués de Castro-Ponce es un malvado.

—¿Y por qué?

—Porque pone á esos sobrinos, que con tan mal humor dice que le han salido, en peligro.

— En peligro, ¿de qué?

— En peligro de Benabarre.

— ¡Bah, padre! Con las costas de Cartagena no se atreve ese pícaro.

— Ese pícaro se atreve con todo: en fin, buenas noches, que tengo sueño y voy á dormir.

Poco despues Pedro roncaba como un bienaventurado.

Francisco no pudo cerrar los ojos; tenia lleno el pensamiento de la magnífica hermosura de Claudia, á quien habia visto perfectamente, gracias al admirable alcance del anteojo.

V

Como á la media noche se incorporó de repente.

Habia oido la robusta voz del marinero de cuarto que habia gritado:

— ¡Ah de la lancha! ¿qué dirá?

— A levar al momento, contestó otra voz á poca distancia: hay piratas en la costa y está ar diendo la quinta de los Azahares.

— ¡Padre! ¡padre! gritó Francisco.

Pedro se despertó sobresaltado y dijo:

— ¡Eh! ¿qué es eso?

— ¡Benabarre! esclamó Francisco.

— ¡Benabarre! esclamó Pedro saltando de la litera y corriendo á los pistoletes que tenia sobre la mesa.

— Mi comandante, dijo un marinero en la escotilla de la cámara: ¡piratas! ahi está un oficial de la comandancia del puerto que nos trae la órden de levar.

— Que entre, que entre á bordo ese oficial, dijo Pedro, que se vestia apresuradamente: pues me alegro, vive Dios, me alegro, ese renegado de Benabarre se mete en mis aguas: es que Dios se ha cansado de consentirle: ¿lo ves Francisco? ¿lo ves? yo soy quien ahorco á ese canalla.

— Ya lo veo, dijo Francisco.

Y luego añadió, como á impulsos de un funesto presentimiento, y para sí mismo.

— ¡Dios lo quiera!

VI

Los atalayas habian visto poco antes, como media hora, levantarse entre la sombra una llamarada, luego suceder otra segunda llamarada, manifestarse al fin un incendio.

Aquel incendio devoraba la quinta de los Azahares.

Por medio de los anteojos vieron agitarse en derredor de la quinta y conducir objetos á la playa, sobras blancas.

Muy pronto no pudieron dudar de que aquellas sombras eran piratas africanos.

Inmediatamente avisaron á Cartagena y fue

por tierra, á la carrera, un destacamento del regimiento infantería de Saboya y otro de artillería de á pie.

En Cartagena, gracias al angustioso estado de nuestra marina de entonces, no habia mas buque de guerra que el San Juan Bautista.

No podian saberse cuantos eran los cárabos de los piratas, porque la noche era muy oscura y reinaba sobre la mar una niebla espesa.

Pero si el arraez ó capitan de los corsarios era como debia suponerse Cide-Benabarre, debian ser por lo menos seis los cárabos.

Cada cárabo de estos solo tenian un cañon á proa.

De manera que Benabarre tenia una gran ventaja sobre el San Juan Bautista, porque sus seis cañones podian jugar desde distintos puntos y los del San Juan Bautista desde dos puntos solos,

ó mas bien desde uno, si los piratas le acometian solamente por una de las bandas.

VII

Cuando llegó el San Juan Bautista, la quinta era una inmensa hoguera, y de tal altura, que iluminaba la mar á muy larga distancia.

Un viento fresco que se habia levantado, y gracias al cual y á todos sus trapos, el San Juan Bautista habia podido llegar muy pronto, habia arrollado la niebla y se veian seis cárabos en formacion de media luna, tocando uno de ellos la playa.

Hácia este cárabo venian una larga hilera de moros:

Traian consigo muchos efectos, y los que venian delante una mujer vestida de blanco y desmayada.

La infantería y los artilleros de á pié, estendidos por la ribera, batian á los moros que apenas se defendian, porque habiendo dado ya el golpe lo urgente entonces era escapar.

Las dificultades del terreno impedian á los soldados cortar la retirada á los piratas.

El San Juan Bautista, que habia hecho ya su zafarrancho, habia roto el fuego.

La primera andanada habia roto el mastil á uno de los cárabos.

Era cuanto podia hacer una andanada de tres cañones.

Los cárabos escaparon y no contestaron al fuego.

El único que permanecia inmóvil era el que

tocaba la playa, y al que se dirigian los moros que huian.

La primera andanada no le habia tocado, y para dispararle una segunda era necesario virar de bordo, y en la situacion en que se encontraba el San Juan Bautista, una virada hubiera hecho perder mucho tiempo para tomar el barlovento al cárabo y cojerle entre el San Juan Bautista y la costa.

Pedro Estévan prefirió ganarle el barlovento y entrarle al abordaje.

Mandó pues la maniobra, y mientras la maniobra, decia á su hijo:

—Francisco, todo hasta ahora va bien: esos herejes lo que quieren es escapar, y como tienen los cañones á proa, no pueden contestarnos: pero en cuanto cortemos á la capitana que es aquella, los otros se volverán contra nosotros como demonios: ellos son seis y nosotros uno;

hijo, hijo, este es tu bautismo de sangre, si yo muero.....

— ¡Padre! esclamó de una manera nerviosa Francisco.

— Si yo muero, como es muy posible, repitió con voz entera y grave Pedro, si te se echan encima y por el número ves que no puedes resistir al abordaje, haz saltar la Santa Bárbara: que no se diga que un Estévan ha dado lugar por cobarde á que los perros tunecinos se apoderen de un buque del Rey de España y pirateen con él.

— Vos no moriréis padre, dijo Francisco, no lo querrá Dios: pero si vos morís, la venganza será inmediata; yo ahorcaré á Benabarre y á todos los suyos.

— ¡Siempre ese corazon que se atreve con todo! ¡siempre ese creerte invencible é invulnerable! esto es malo, Francisco, esto es malo, la mucha confianza en nuestro poder es peligrosa, y ademas impía y ridícula.

— Perdonad, padre, dijo respetuosamente Francisco: pero yo soy así, no lo puedo remediar, el corazon me dice que no hay quien me mate mas que Dios.

— Dios quiera que no te engañes: pero mira.

VIII

Una bala acababa de pasar por entre la jarcia del bergantin sin causar afortunadamente ninguna avería.

Los moros, con la mujer y con los efectos que conducian, habian logrado entrar en el cárabo, este se habia puesto en franquía, y conociendo que el San Juan Bautista maniobraba para cortarle la salida, habia roto el fuego.

Los soldados habian llegado á la playa y hacian un nutrido fuego de fusil.

— Comandante, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones el capitan de la gente de tierra, echad las lanchas al agua á fin de que persigamos sobre la mar á esos infames.

Pero Pedro no lo oia.

El cárabo estaba ya fuera del alcance de los fusiles, y los otros cárabos, viendo en peligro á su capitan habian virado, y como lo habia previsto Pedro Estéban, habian atacado desde distintos puntos al San Juan Bautista.

— Avante, avante, y al abordaje, decia Pedro blandiendo su espada ; no hagais fuego aun cuando tengais asegurado uno de esos malditos; avante, avante, muchachos : esta noche es nuestro dia : veamos á ver como hacemos para que se hable bien de nosotros.

Y la tripulacion maniobraba con un aplomo, con una regularidad y una sangre fria admirables,

y cargaban sobre el cárabo de Benabarre, que huia infladas sus dos grandes velas latinas y sus inmensos foques.

IX

De improviso, Pedro Estéban lanzó un grito sordo y cayó.

Una bala de cañon le habia dehecho, ó mejor dicho, le habia llevado la mitad de su pecho.

Una rociada tibia y abundante habia bañado el rostro de Francisco Estévan.

Su bautismo de sangre habia tenido lugar con la de su padre.

— ¿Y cuándo, cuándo esto?

Cuando el San Juan Bautista habia echado á

pique dos cárabos y puesto fuera de combate á otros dos.

Cuando la victoria era segura.

Francisco Estévan sintió una emocion suprema, algo que cegaba sus ojos.

Algo que desvanecia su cabeza.

Pero aquella sensacion terrible pasó como la rapidez del relámpago.

Sintió que la tripulacion estaba vivamente impresionada, y gritó con la voz firme, serena, como si no hubiera tenido á los pies á su padre despedazado y sangriento, y delante á un enemigo bravo y tenaz.

— Si mi padre ha muerto, aun vivo yo, sobre esos perros, camaradas : la sangre de vuestro comandante os pide venganza.

En aquel momento, un cañonazo del San Juan Bautista desmontaba el cañon que tenia á proa el cárabo de Cide-Benabarre.

— Avante, avante, gritó Francisco Estévan con voz de trueno! ¡al abordage!

Pero cuando ya le faltaba poco espacio para abordar al cárabo, cuando el fuego de espingarda y de fusil era casi á quema-ropa, un moro altísimo apareció sobre la borda del cárabo y levantó una forma blanca.

Aquella forma era una mujer que gritaba de una manera desesperada.

Aquella mujer fue viva al agua.

Francisco Estévan la vió flotar.

Pasó por su corazon y por su cabeza algo terrible, y se arrojó al mar, nadó, luchó, hasta llegar junto á la mujer que se asió á él con el ánsia de quien se ahoga, y nadó hácia el bergantin que se habia adelantado un gran espacio.

El equipaje maniobró y puso el bergantin á la capa.

Una chalupa fue echada al agua, y un cuarto

de hora despues, Francisco Estévan era salvado con la mujer que habia salvado á la vez; pero al ser puesto en la chalupa perdió el conocimiento.

X

Cuando volvió en sí, una mujer divina por su hermosura, una jóven como de diez y ocho años, con los rubios cabellos empapados de agua, con el blanco traje mojado y pegado al cuerpo, un traje muy lijero, una especie de bata de dormir, estaba de rodillas junto á él en la cámara del bergantin, y lloraba y rezaba.

El cirujano, el piloto y algunos hombres del equipaje llanaban la cámara.

Uno de ellos tenia una taza en la mano.

A Francisco Estévan acababan de hacerle una sangría, y á beneficio de ella habia vuelto en sí.

—¡Sangre sacada por una lanceta! esclamó con desesperacion, ¡y mi padre, Dios mio!... ¡y los piratas! avante, muchachos, avante.

Y como si hubiese recobrado toda su energía, todas sus fuerzas, saltó de la litera y se lanzó al puente.

XI

Amanecia.

El cadáver del bravo marino estaba sobre la cubierta envuelto en la bandera de la patria, cuyo rojo color y cuyo color amarillo habia reteñido con su sangre.

La tripulacion repetia arrodillada las preces del capellan.

En derredor se veian un bosque de mastiles, y al fondo los diques, los muelles, las murallas de Cartagena.

Los piratas habian escapado.

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA Granada

CAPITULO III

DE CÓMO Y POR QUÉ FRANCISCO ESTÉVAN EMPRENDIÓ LA CARRERA DE CORSARIO BAJO LA BANDERA DEL REY

I

Nuestro héroe estuvo muy enfermo.

Tan enfermo y de una manera tan aguda, y de tal manera habia afectado á su cerebro, que no pudo tener conocimiento de lo que durante su enfermedad habia acontecido.

Durante un espacio de mas de seis meses, habia estado loco.

Tales eran su corazon y la energía de su carácter.

De tal manera le habian afectado la muerte desastrosa de su padre y la primera contrariedad.

No recordó por el primer momento nada de lo que le habia acontecido.

Ni reconoció su casa, en la cual se encontraba.

Todo para él era vago.

Al fin empezaron á esclarecerse sus recuerdos.

A conocer los que estaban á su alrededor.

Eran antiguos amigos de sus padres.

Eran los antiguos criados de su casa.

El viejo marino inválido Simon, y la vieja cocinera Rosalia.

II

Pero echó de menos una persona importantísima.

Su madre.

¿Qué era de ella?

¿Por qué no estaba á su lado?

Recordaba tambien un semblante pálido y hermosísimo; una frente serena y pura coronada de cabellos rubios, unos ojos celestes como el cielo que le miraban con ansiedad y lloraban.

¿Dónde estaba aquel arcángel?

Un terror instintivo impidió á Francisco preguntar acerca de estos dos séres.

La sola ausencia era ya un principio de contestacion terrible.

Guardó, pues, silencio.

Pero al fin no pudo contenerse.

Su corazon pudo mas que su miedo.

Pero hizo su pregunta de una manera terrible.

Los que la escucharon temblaron.

III

— ¿Por quién estais de luto? preguntó á sus criados.

Estos no supieron qué contestar.

Creian que el jóven no se acordaba de nada.

El confesor de Doña María, grave padre dominico que estaba allí, y dos antiguos amigos de su casa, guardaron silencio.

—Sí, sí, ya sé, dijo Francisco, que mi padre ha muerto... sí, me acuerdo perfectamente... una bala de cañon. . contra las balas de cañon no hay valor posible... la pólvora la inventó un cobarde .. sí, sí, ya sé... me he conformado con la voluntad de Dios... yo vengaré la muerte de mi padre .. Dios me permitirá que le vengue.

Y la calma, la serenidad con que Francisco dijo estas palabras eran espantosas.

—Pues bien, dijo Simon con la voz trémula; este luto que llevamos es por vuestro padre.

—¿Y por nadie mas?

Mirarónse sin poder contenerse los allí presentes y guardaron silencio.

— Por nadie mas; dijo despues de algunos instantes Simon.

— Y si no es por nadie mas, insistió el jóven, ¿dónde está mi madre?

— ¡Hijo! esclamó entonces el religioso, cuanto mas prueba Dios á sus criaturas mas las ama.

Un raudal de lágrimas brotó de los ojos del jóven con la misma violencia de un torrente que rompe su dique.

Luego murmurando de una manera ahogada el nombre de su madre, cayó de espaldas sobre el lecho.

IV

Hubo otra nueva crisis.

De nuevo la vida del jóven estuvo en peligro.

De nuevo su razon se perturbó.

Aquella crísis duró quince dias.

Otros quince la convalecencia.

En fin habian pasado siete meses desde el momento de la muerte de Pedro Estévan hasta que Francisco, completamente restablecido pudo salir á la calle.

V

Su primer cuidado como era natural, fue ir á la iglesia donde cerca del presbiterio de la parte del Evangelio, y en una misma sepultura bajo una losa de mármol negro con una larga inscripcion grabada en hueco, reposaban los restos de sus padres.

Francisco se arrodilló, besó el mármol y oró.

Luego inclinándose sobre la losa, dijo en voz baja y terrible.

— ¡Padre mio! ¡madre mia! ¡yo os vengaré!

Despues se alzó.

Su semblante estaba tranquilo, pero terrible.

En sus negros y poderosos ojos irradiaba algo sobrenatural.

VI

Entró en la sacristía y encomendó unas solemnes honras por sus padres para el dia siguiente.

— Os advierto, dijo el cura, que esas honras

están hechas y dos veces por vuestros padres hace ya mucho tiempo.

— No importa, dijo con impaciencia Francisco; con estas seran tres... y decidme... ¿cuándo murió mi madre?

— ¡Cómo! ¿no lo sabeis?

— No me he atrevido á preguntarlo.

— Vuestra madre cayó como herida por un rayo cuando vió el cadáver ensangrentado de su esposo... cuando os vió á vos sin sentido y amenazado de muerte... quince dias despues, apurados todos los esíuerzos de la ciencia, sucumbió.

— Gracias por vuestras noticias, señor cura; dijo Francisco; tomad para que lo distribuyais entre los mas necesitados de la parroquia por las almas de mis padres. Hasta mañana que vendré á asistir al funeral si Dios quiere.

Y salió y se fue al puerto.

En él encontró fondeado el San Juan Bautista.

Se entró en la capitanía.

—Mi comandante, dijo, ¿tengo yo que ver algo todavía con mi bergantin?

— No amigo mio, le contestó el capitan afectuosamente y tendiéndole la mano: se os tuvo por loco incurable, y se os dió de baja en el cuerpo; es necesario que pidais vuestra nueva entrada en él, que os será concedida.

— Pediré mas, mi comandante.

— Y yo creo que se os concederá mas de lo que pidais por los grandes servicios de vuestro padre y por vuestros propios servicios.

—Allá lo veremos: entretanto mi comandante estoy á vuestra disposicion.

Durante este diálogo, Francisco Estévan se habia mostrado frio, tranquilo y un tanto áspero sin faltar á la cortesanía.

— El pobre aun no está bien curado, dijo el capitan del puerto á los que estaban con él y habian hecho algunas observaciones acerca del aspecto de Francisco, y nada tiene de estraño: se ha quedado solo en el mundo cuando todavía es un muchacho.

— Pero ha quedado rico, dijo uno de esos que todo lo ven por el lado de lo positivo.

— Aunque rico no le hubieran dejado sus padres, dijo el capitan, él se haria rico por sus hechos: es mucho hombre y dará mucho que hacer y mucho que contar en el mundo.

VII

Francisco se volvió á su casa y envió á Simon por dos pliegos de papel sellado.

En ellos escribió una representacion al Rey.

Esta representacion empezaba por la enumeracion de los altos servicios de su padre, continuando con la relacion circunstanciada del combate en que su padre habia perecido, y concluia con lo siguiente:

« Señor: mi padre lo ha sacrificado todo por Vuestra Majestad, y el menor de mis servicios á Vuestra Majestad es el haberme quedado sin lo único que tenia sobre la tierra: natural y preciso es que yo quiera tomar venganza, una venganza que será provechosa á España, porque yo con la proteccion de Dios, me propongo limpiar de piratas el Mediterráneo, á lo menos al frente de nuestras costas.

« Suplico, pues, á Vuestra Majestad destine esclusivamente á la persecucion de corsarios africanos el hergantin San Juan Bautista, y reforzando y aumentando su artillería, que es insufi-

ciente, como se ha visto ya, se me confie su mando. »

VIII

Irritó el tono y el estilo de esta representacion al Ministro de la Guerra, la informó mal y el Rey la denegó.

Pero como sin una grande injusticia no podia dejarse sin premio al bravo Francisco Estévan, se le dió de nuevo de alta en la marina real y se le confirió el grado de teniente de navío.

El Rey se disculpaba diciendo, que tambien los Reyes se disculpan, conque la marina estaba aun reducida á un casi insignificante número de buques y no podia destinarse por lo tanto uno de ellos á un servicio esclusivo.

— ¡Y bien, mejor! dijo Francisco cuando le dieron conocimiento de la régia resolucion; yo creo que tengo dinero bastante para comprar y artillar un barco.

Y se fue al puerto donde el dia antes habia visto un magnífico bergantin-goleta de gran porte y que se prestaba admirablemente á ser armado en corso.

IX

Francisco Estévan se fue á bordo.

— ¿De quién es este barco, patron? preguntó al que le montaba.

— Mio y vuestro, señor teniente, contestó el patron.

— Gracias; ¿de qué matrícula es?

— De la de la Carraca.

— Cuántas toneladas... yo creo que ochocientas.

— No os habeis equivocado.

— Me parece muy bien.

— Anda, lo que anda el primer barco nacido.

— ¿Está forrado en cobre?

— Si señor.

— ¿Me permitis que le reconozca?

— Con mil amores.

Y visitaba el buque, y mientras le visitaba se informaba de todas sus cualidades.

— ¿Cuánto es necesario pagar por él?

— Al señor Francisco Estévan, hijo del señor Pedro Estévan, dijo el patron, no se le puede negar nada: pero me hace mala obra deshacerme de mi barco.

— En dos meses os podeis construir otro.

—Indudablemente; ¿pero y mis ganancias de esos dos meses?

—¿En cuánto estimais vuestra ganancia por mes?

—Seiscientos ducados.

—Pues añadid al precio del buque una ganancia doble.

—Añadiré la ganancia, siempre que no creais que tengo yo sangre de judío en las venas, y os pondré por todo veintiun mil doscientos ducados.

—Trato hecho: sois un hombre de bien: el barco vale sobradamente lo que pedís por él: dentro de tres dias haremos la escritura: ¿os conviene?

—Perfectamente.

X

Francisco Estévan habia heredado en tierras y en casas en Cartagena unos setenta mil ducados.

Sobre esta hacienda, tomó de un comerciante y con un módico interés, cuarenta mil ducados.

No queria desprenderse de su herencia por amor á sus padres y en memoria suya.

Compró el buque, y al entregar al patron el dinero le dijo:

—Este barco será dentro de poco temido y buscado, yo os lo aseguro.

—¡Cómo!

—Sí, me voy á echar á corsario.

—¡Cuenta que los corsarios arriesgan ser ahorcados si los cogen!

—¿Con quién creeis que hablais? esclamó con su indomable altivez Francisco Estévan: yo seré corsario con patente de Rey.

—¡Ah! ¿y si no os conceden esa patente?

—Seré corsario de cualquier modo, y el Rey se verá obligado á honrarme, cuando yo haya entregado á S. M., ó lo que es lo mismo á sus lugar-tenientes de la costa, algunas cabezas de piratas africanos.

—Buen hijo de su padre, contestó el patron.

—Sí, la sangre nunca se desmiente y cuento con tener mas suerte que él.

XI

Francisco Estévan se presentó de nuevo.

Por esta vez, el Ministro de Marina no informó mal.

Era muy cómodo tener un buque de guerra en persecucion terrible, como de Francisco Estévan debia esperarse, de los rapaces y sanguinarios piratas africanos que infestaban el litoral del Mediterráneo.

Pero era necesario cubrir hasta cierto punto las apariencias con una sombra de favor.

Concedióse á Francisco Estévan lo que solicitaba, se le dieron las gracias por su generosa determinacion, y en prueba del grande aprecio

del Rey respecto á él, se concedió al jóven el grado de capitan de navío, con sueldo que debia cobrar en el departamento de Cartagena.

XII

Francisco Estévan, no se satisfizo con aquel alto grado que le constituía el capitan de navío mas jóven de la armada, porque pensó:

—Mas valia la vida de mi padre.

Inmediatamente hizo pintar en el espejo de popa del bergantin-goleta que se llamaba « *El Aguila*, » y con grandes letras rojas un nuevo nombre.

¡*El Vengador*!

Despues le hizo entrar en dique para que le armasen en guerra, y al mes de esto, el Vengador

artillado con doce magníficos cañones de á treinta y seis, con aparejo á la manera de los buques de guerra, tripulado por doscientos bravos marinos, izaba la bandera española, y saludaba á la plaza en medio de las aclamaciones de una multitud inmensa que se agolpaba en los muelles.

Inmediatamente despues, el Vengador salió magestuosamente del puerto.

XII

A los ocho dias volvió á entrar.

Pendiente de cada penol, traia un pirata ahorcado.

Pero ninguno de ellos era Cide-Aliatar-Benabarre.

CAPITULO IV

EN QUE CONTINÚA LA MATERIA COMENZADA EN EL ANTERIOR Y APARECE EN ESCENA UN NUEVO PERSONAJE

I

La fama de corsario del Guapo Francisco Estévan, empezó á retumbar desde entonces.

Sus guaperías, que así se califica su primera hazaña, empezaron siendo de muy buen género y muy beneficiosas.

Desde el instante en que el vigía descubrió el buque, dió aviso á la plaza, y antes de que el Vengador entrase en el puerto, ya habia corrido por toda la ciudad la noticia de que el Guapo Francisco Estévan traia de doce piratas ahorcados.

El gentío alborotado corrió al puerto.

Algunos entusiastas por el valor, sin meterse á considerar si serian castigados ó no, subieron á las torres de las iglesias, y se apoderaron de ellas.

Otros menos audaces se proveyeron de cohetes segun sus medios, de manera que los habia desde los mas exíguos á los mas monstruosos.

Las lanchas de pesca fueron invadidas.

Los muelles coronados.

Las autoridades militares y civiles, acudieron al puerto.

Un apresamiento y una ejecucion de piratas,

era un acontecimiento fausto que conmovia profundamente á las poblaciones del litoral, porque los piratas africanos, especialmente los de Argel, eran por lo audaces y por lo sanguinarios, un azote terrible.

Como que nuestras costas estaban desarmadas y podia hacerse la travesía con buen tiempo desde la costa de Africa en un dia y media noche.

II

La multitud se impacientaba.

Al fin, y como al medio dia, se oyó fuera del puerto el estampido de la artillería de los fuertes.

Era que el valiente corsario entraba.

Al desembocar por el canal el «Vengador»

ardió una llamarada en su costado é izó su bandera saludando á la plaza.

A la inmediata detonacion, respondian las campanas repicando, los cañones disparando, los cohetes surcando á centenares el espacio, partiendo de las azoteas, de los muelles, de las lanchas que avanzaban por las tranquilas aguas del puerto.

El Vengador continuaba entrando, disparando su artillería, empavesándose rápidamente con flámulas rojas, en cada una de las cuales se leía en letras negras:

—¡España y venganza!

III

Doce cadáveres con alquiceles blancos y rojos y azules, se balanceaban pendientes de las vergas.

Tres cárabos seguian á remolque la marcha triunfal del Vengador, y se empavesaban y hacian salva con sus cañones vencidos.

Porque aquel no era un saludo, sino una salva ruidosa, monstruosa, atronante, unánime, á la cual se mezclaban las aclamaciones frenéticas, los alaridos de entusiasmo de toda Cartajena que estaba en los terrados, en las torres, en los muelles sobre el puerto.

Los que tenian anteojo, veian á Francisco Es-

tévan, de pie en el alcázar, de grande uniforme de capitan de navío, con la espada desnuda y el semblante terrible y sobrenatural.

No eran ni la vanidad ni la soberbia los que aparecian en aquel semblante.

Era mas bien la espresion terrible de una fiera que se habia ensañado en cadáveres, y que se encuentra todavía aquejada por la sed de sangre.

Francisco Estévan imponia espanto.

IV

Un ginete acompañado de un mozo de espuela y seguido de algunas acémilas que conducian al parecer un voluminoso equipaje, entraba en aquel momento en Cartajena por la parte de tierra.

Era como de treinta años, hermoso, de espresion fria y seca, y de actitud violenta y despreciativa.

Era á todas luces un noble señor.

Su tez era blanca y dura, las formas de su semblante regulares y enérgicas, los ojos grandes, negros, rasgados y de buena forma, pero de espresion dura y altiva, y en cuanto á sus cabellos, aunque los traia cuidadosamente empolvados segun la moda de aquel tiempo, se comprendia que eran negros.

Llevaba un sombrero de tres candiles afectando ya la forma del sombrero de tres picos, á que ha dado nombre Federico Guillermo; le envolvia un capote con capucha, y debajo de este capote asomaban sus piernas cubiertas con botas de montar armadas de espuelas de plata y la contera de una espada.

El caballo era muy bueno, overo oscuro y de grande alzada.

La mantilla de la montura, estaba enriquecida por un doble galon de plata, y por las pistoleras asomaban las culatas de dos pistolas.

Detrás de las acémilas venian cuatro criados montados en buenos caballos, con libreas y armados de escopetas y lanzas.

Se nos olvidaba decir que en los ángulos de la mantilla galoneada de que hemos hablado, aparecia bordada una corona de conde sobre estas iniciales enlazadas, E. de M.

V

—¿Qué diablos sucede en Cartagena? preguntó el caballero á su criado de espuela: ¿lo adivinas tú Cosme?

—No, señor Conde, contestó el doméstico.

— ¡Bah! dijo el Conde: será el dia del patron de la ciudad.

—No lo sé, señor.

— Y si tuviéramos necesidad de saberlo, tendríamos que quedarnos con la gana: no hay ni un alma en la calle, y no parece si no que las casas han sido abandonadas.

—Pero la casa del señor Marqués está cerca y allí podrá vuecencia recibir noticias.

El Conde, ya fuese porque sintiera impaciencia por llegar, ya que le aquejase la curiosidad de saber lo que acontecia en Cartagena, puso su caballo al trote, y se perdió muy pronto por entre las revueltas de un laberinto de callejuelas.

CAPITULO V

EN QUE SE CONOCE UNA HONRADA FAMILIA Y SE PRESENTA OTRO NUEVO PERSONAJE

I

Dos horas despues, se habia restablecido el sosiego, es decir, se habia acabado el estruendo, pero continuaba la animacion, por el escesivo número de curiosos que acudian sin cesar.

El Vengador estaba rodeado de lanchas llenas de gente que no se cansaba de mirar á los ahorcados.

La emocion gigantesca que aquella hazaña habia causado en Cartagena, nada tenia de estraño.

Nuestros abuelos tenian corazon y creencias, y se entusiasmaban de una manera indecible con mucha facilidad.

Además, el acontecimiento, como ya hemos dicho, era muy importante.

II

Francisco Estévan fue recibido en triunfo.

Al saltar en tierra, encontró á las autoridades civiles y militares en lo alto de las gradas del muelle.

Diéronle con efusion la enhorabuena y las gracias en nombre del Rey.

Despues le acompañaron hasta la iglesia de Santa María, donde estaban enterrados sus padres y donde habia dicho le obligaba el voto que habia hecho de ir allí antes que á ninguna otra parte, en el momento que saltase en tierra si Dios le llevaba á salvamento.

Bajo el brazo del jóven, se veia envuelto en un paño de riquísima lana roja, un objeto de mediano volúmen.

III

El cura y los clérigos de la iglesia salieron á recibir á la puerta de ella á Francisco Estévan y le felicitaron y le dieron las gracias en nombre de Dios.

—Señor cura, dijo el valiente corsario despues de responder á los cumplimientos del eclesiástico: ¿queréis llevarme al camarin de Nuestra Señora? tengo que ofrecerla mis primicias de corsario.

El cura se conmovió profundamente.

—¿Y por qué no ofrecer á Nuestra Santísima Madre esas primicias en una solemne funcion de gracias? dijo.

—Porque yo no quiero ruido, padre cura; dijo Francisco Estévan: el que se ha hecho hoy lo agradezco, pero no le aumento: lo que se habia de gastar en la funcion, se lo daré á los pobres: Dios y su Santa Madre vé los corazones de sus criaturas y con esto basta.

Y el acento de Francisco Estévan era siempre un si es no es duro, nervioso é impaciente.

Parecia que no podia hablar de otra manera.

IV

El cura condujo al jóven al camarin de la Vírgen.

Las autoridades que le habian acompañado, le siguieron.

Una vez en el camarin, Francisco Estévan en medio de una ansiosa atencion general se inclinó, puso sobre las gradas del altar el bulto que llevaba debajo del brazo, le desenvolvió, y quedaron descubiertas algunas cajitas de sándalo y maderas preciosas, que fue abriendo y entregando al cura.

Aparecieron riquísimas alhajas de la forma y del gusto árabe.

Collares, arracadas, brazaletes, ajorcas, cíngulos, todo de magnífica pedrería.

—¡Oh! esto es un tesoro, esclamó el cura.

—Que es mi voluntad añadirlo al tesoro de la Vírgen, contestó Francisco Estévan.

—Ella os lo premiará, señor capitan; vos seréis invencible por la mediacion de Nuestra Señora.

Francisco Estévan desplegó entonces el paño rojo, y le estendió delante del altar arrodillándose encima.

Habia aparecido un gran estandarte de dos puntas, en cuyo centro estaban bordadas en plata cinco cabezas de tigre.

V

—¡Madre mia! dijo Francisco Estévan (y entonces la espresion de su semblante y de sus ojos era dulce y sentida). Yo te ofrezco con las primicias de mis empresas contra los piratas, enemigos de Dios y de los cristianos, el estandarte sangriento del feroz Arraez Babil-Muza, y te juro sobre él, y por la sangre de mis padres, y por mi fé, y por... (Francisco se detuvo, y luego continuó) y por mi alma... que tú ves, no reposar hasta que limpie de piratas estos mares.

Y el dolor de sus recuerdos, y su entusiasmo patriótico y religioso, y aun otro sentimiento recóndito, el recuerdo del arcángel rubio a que no

habia vuelto á ver, le llenaron de lágrimas los ojos.

Nuestros abuelos eran así, y si los pintáramos de otro modo, los falsificaríamos.

Tenian corazon, sentian, creian y eran capaces de lo heróico.

Hoy es distinto.

Hemos progresado.

Nos hemos civilizado.

El heroismo es un papel que no se cotiza en la Bolsa.

Hoy hemos encontrado el medio de vivir sin sentir y sin creer.

Pero debemos respetar el fanatismo si se quiere de nuestros abuelos, si es que nosotros queremos que nos respeten nuestro materialismo nuestros nietos.

Los hombres de aquel tiempo no sabian hacer nada sin Dios.

Eran así y así los pintamos.

Nosotros lo sabemos hacer todo por nosotros mismos, y esto es mas desembarazado, mas pronto y mas barato, puesto que nosotros no ofrecemos primicias, ni gastamos en funciones de gracias.

Hemos dicho esto, no sea que alguno crea somos neo-católicos, ó lo que seria peor, hipócritas.

Dios nos libre.

No queremos tampoco zaherir á nadie.

Cada cuál tiene el derecho de la libertad de su conciencia, y no es este el lugar de nuestra profesion de fé, que por otra parte no importa á nadie.

VI

Francisco Estévan salió de la iglesia, se libertó cuanto antes le fue posible de aquellas honras que le fatigaban, y se volvió á bordo.

La multitud le aclamó al pasar.

Francisco Estévan la saludó sonriendo.

Luego se encerró en su cámara.

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

VII

Habia cerrado al oscurecer su tienda de géneros de hilo ingleses al pormayor, el comerciante Don Serafin Céspedes de Llagun, y se preparaba á marchar tranquilamente con su familia.

—¿Veis, veis el muchacho? decia á su mujer y á sus hijas: ¿quién habia de creer, cuando venia á hacerme rabiar con sus diabluras y á ponerme mazas en carnaval, que habia de llegar á ser tan hombre?

—Vaya, contestó Doña Mónica esposa de Don Serafin: de casta le viene: su padre no era rana.

—¿Qué comparacion tiene su padre con él? bien me lo decia el bueno de Don Pedro: mi hijo

me dejará muy atrás: mira, mira que dia de orgullo y de contento nos ha dado hoy.

—Pero es un ingrato, dijo Serafina, la hija mayor de Don Serafin, preciosa morena pelinegra de diez y ocho años: no ha venido á vernos

— No se acuerda ya de nosotros, dijo la segunda hija que se llamaba Cármen y que apenas tenia diez y seis años.

La tercera, Pepita, nada dijo, porque era muy niña y apenas se acordaba de Francisco Estévan.

— ¿Qué sabeis de eso chiquillas? no le han dejado en todo el dia y ha tenido que ir á la iglesia á cumplir religiosamente un solemne voto hecho á la Santísima Vírgen: pero yo aseguro que la primera casa que visitará, será la nuestra; casi, casi estoy porque retardemos un poco la cena, porque se me figura que él va á cenar con nosotros.

VIII

Hay algo misterioso, algo magnético, algo que no se comprende, que pone en relacion á los séres vivientes y que les hace sentirse, adivinarse.

Apenas habia dicho sus últimas palabras Don Serafin, cuando llamaron á la puerta de la calle, y apenas llamaron, cuando Don Serafin dijo:

—¡Él es!

Y apenas lo dijo Don Serafin, cuando escapó hácia las escaleras, bajó y abrió la puerta.

En efecto, no se habia engañado.

Era Francisco Estévan.

Pero no venia solo.

Traia del brazo una mujer.

Esto contrarió vivamente á Don Serafin, y le aguó la alegría.

Francisco Estévan no podia haberse casado en Africa.

Y Don Serafin era un hombre terriblemente severo en cuanto á la moralidad.

IX

—No os escandaliceis Don Serafin, no os escandaliceis, dijo Francisco Estévan: esta señora es una noble doncella cautivada por los piratas argelinos en las playas de Almuñécar, á quien he librado yo.

—¡Ah! eso es distinto hijo, eso es distinto; contestó entusiasmándose Don Serafin; entra,

entrad vos señora, estais en vuestra casa: pero esperad aquí, en la tienda: voy á advertir á mi mujer y á mis hijas para que no estrañen que te nos presentes con una dama, jóven y llena de atractivos.

Y Don Serafin dejando en el mostrador el velon de que se habia servido para alumbrarse, escapó.

X

—Es un escelente hombre, Doña Clara, dijo con acento afable Francisco á la jóven.

—Sí, parece muy bueno, dijo esta que estaba como contrariada y con los ojos inclinados al suelo.

No se la veia el semblante.

Solo se la veia la parte superior de la cabeza y en ella una negra, sedosa, rizada y riquísima cabellera.

Un cendal azul, bordado de perlas, ceñia diagonalmente aquellos cabellos.

El traje era morisco y riquísimo.

Su caftan, cuya capucha tenia echada á la espalda, era el sobretodo de aquel admirable traje.

XI

Se oyeron precipitados pasos por las escaleras.

Don Serafin no volvia solo.

Le seguian su mujer y sus hijas, llenas de curiosidad.

Por último, venian la cocinera, los tres mancebos del almacen y el mozo de recados.

— ¡Oh! hemos venido á alborotar esta casa, dijo con un acento particular Doña Clara que continuaba con la cabeza inclinada sobre el pecho.

— Nada temais, contestó Francisco Estévan; no sintais ningun género de empacho: aquí sereis muy bien recibida y muy bien tratada.

Llegaron en aquel momento Don Serafin, su familia y sus domésticos.

Doña Clara levantó la cabeza por no pasar por grosera y sonrió.

Don Serafin se hizo atrás.

Le habia deslumbrado un relámpago de hermosura.

Doña Clara tenia los ojos negros como los cabellos, era blanca como las azucenas, y la regu-

laridad y la armonía de sus formas, y la energía de su espresion, la hacian una criatura admirable.

Doña Mónica se apresuró á saludarla, á agasajarla, á llevársela consigo.

Todos subieron al comedor donde estaba la mesa servida para la cena.

No hubo necesidad de otra cosa que de aumentar dos cubiertos.

—Nos viene bien, dijo Francisco Estévan, porque con todas estas cosas no hemos comido desde por la mañana: cenemos Doña Clara, cenemos con nuestros amigos; me atrevo á decir que estais en vuestra casa.

—Pues no, pues no, esclamó Don Serafin; ya lo creo, muchacho, ya lo creo: en su casa y muy en su casa; sentémonos, yo tengo apetito; qué diablo, cuando se está toda la tarde de pie detrás del mostrador y perdiendo saliva y paciencia... cenemos.

Don Serafin estaba aturdido.

Su vida monótona, siempre igual, se habia iluminado de repente con un episodio romancesco.

Empezó la cena.

Nosotros concluimos este capítulo.

CAPITULO VI

EN CUYO FINAL FRANCISCO ESTÉVAN RECIBE UNA GRATÍSIMA NOTICIA Y SE LE DESVANECE UN SUEÑO Á DON SERAFIN

I

Estrañábales á todos el ostentoso traje árabe de la jóven, y mas aun las riquísimas alhajas que la embellecian.

¿Cómo si era una doncella cristiana robada de

Almuñécar por los piratas, y salvada por Francisco Estévan vestia aquel traje.

Don Serafin y Doña Mónica estaban inquietos, sus hijas curiosas.

Pero no se atrevian á cometer una indiscrecion.

En cuanto á los mancebos de mostrador que comian á la mesa de su principal, cenaban y callaban, pero de tiempo en tiempo lanzaban una mirada absorta y hambrienta á Doña Clara.

Francisco Estévan lo notaba todo esto.

II

— Doña Clara, fue robada hace un año, dijo.

— ¡Un año! ¡Dios mio! esclamó horrorizada Doña Mónica: ¡y habeis estado un año entre esos salvajes!

— Me han tratado con el mayor respeto, señora, casi con adoracion, se apresuró á contestar la jóven.

— Pues yo creia, dijo sencillamente Doña Mónica, que esos herejes no respetaban nada.

— Dios y siempre Dios, contestó la jóven.

— Doña Clara os contará su historia; dijo Fran-

cisco atajando la conversacion, y cuando la hayais oido cesará vuestra estrañeza: ahora oidme á mí, y sabreis lo que nadie sabe en Cartagena; esto es, que he dado caza y he vencido al terrible Arraez-Babil-Muza, el temido corsario de las cinco cabezas de tigre.

III

Todos trasportaron el alma á sus oidos para escuchar.

Pero la relacion de Francisco fue muy sencilla y mas que todo un espediente para impedir otra que hubiera continuado mortificando á Doña Clara por las simplezas de Doña Mónica.

Francisco Estévan se habia ido sobre la costa de Africa.

Habia hecho lo que hacian sobre la de España los argelinos.

Cerca de Túnez habia desembarcado en una noche lóbrega y habia acometido el baño del Arraez-Babil-Muza.

Le habia matado combatiendo á él y otros doce de sus piratas; el resto de la gente habia huido al interior llevando la alarma.

Habia encontrado en su apartamento del palacio del Arraez á Doña Clara, única esclava que en el alcázar habia, porque las esclavas que la servian habian escapado tambien, habia saqueado la casa y se habia venido con Doña Clara, con la presa y con tres cárabos que estaban varados en la playa, delante de los jardines.

Al amanecer se habia visto cercado de otros muchos cárabos, en los cuales ahullaban un inmenso número de moros á la vista de los cadáveres

de Babil-Muza y de los suyos colgados de las vergas.

Habia aceptado el combate, habia echado á pique á algunos cárabos, y habia obligado á los otros á huir.

IV

Esta relacion duró mas aun que la cena.

Todos la habian oido con la boca abierta.

Cuando terminó y antes de que empezaran preguntas ni comentarios, Francisco Estévan dijo á Don Serafin.

— Necesito hablar con vos á solas.

— Pues al momento, hijo mio, al momento,

dijo Don Serafin: vamos á mi despacho; haré que nos lleven allí un ponche á la romana: el ponche á la romana es bueno para dormir.

V

Sentados poco despues el uno en frente del otro teniendo en medio una ponchera humeante, una caja con ricos cigarros habanos, y un quinqué, Francisco Estévan dijo entrando en materia: Doña Clara, ante todo es muy pura, muy honrada, escelente. Tiene agriado el carácter, pero esto no es estraño. Se ha quedado sola en el mundo.

Los piratas aniquilaron su familia.

—¡Pero no es esto una vergüenza, Francisco, no es esto una vergüenza! saltó Don Serafin inter-

rumpiendo al jóven: ¡no parece sino que estamos en aquellos malditos tiempos que conocemos por las memorias de los viejos, en que vivian los Aluch-Ari y los Barba-Rojas! ¿qué hace el Rey nuestro Señor?

— Esto pasará, Don Serafin, esto pasará: de todo es causa el abandono en que estuvo el reino durante la vida del último Rey y la guerra de sucesion, durante la cual los ingleses nos destrozaron la mala y pobre marina que teniamos; pero os repito que esto pasará: el Rey Don Felipe V no puede consentir que las mas ricas de sus costas estén continuamente amenazadas.

— Dios haga que se piense en ello, porque hasta dentro de los muros de Cartagena tenemos miedo.

— Ya se va pensando.

— Piensas tú.

— El Rey se estimulará y me dará mas, pero si

me hiciera general del mar Mediteráneo con solos ocho barcos como mi Vengador, se acabaria todo esto, y los piratas quedarian escarmentados hasta el dia del juicio final : pero volviendo á Doña Clara : es la criatura mas infeliz de la tierra ; como os he dicho, su familia fue degollada y á ella solo la salvó su hermosura ; pero esa hermosura la ha tenido aterrada durante un año, temiendo á cada momento ser víctima de la pasion brutal de Babil-Muza. Vos la guardareis en vuestra casa; ella tiene hacienda y rica, pero no tiene un solo pariente.

— Los tendrá en nosotros : pero vamos á ver, Francisco, ¿ amas tú á esa señora ?

Se nubló el semblante de Francisco por esta vez.

— Yo no amo á nadie, yo no he amado nunca, dijo ; yo no vivo mas que para la venganza; si amara se acabaria mi valor : recelaria perder mi amor con la muerte : hablemos de otra cosa.

— ¿Y de qué otra cosa hemos de hablar?

— De intereses: yo os debo cuarenta mil ducados.

— Bueno, bien, otro dia hablaremos de eso.

— Las cuestiones de intereses...

— No son cuestiones cuando se trata de nosotros; ó es que por vanidad quieres decirme: «yo no os necesito:» pues hace tiempo que sabia yo que no necesitabas de nadie.

VI

En aquel momento llamaron indiscretamente á la puerta.

— ¡Qué no hayan de dejarme á mí ni un mo-

mento tranquilo ! dijo Don Serafin con impaciencia levantándose y yendo á abrir la puerta : ¿qué querrán ?

En la puerta apareció el mozo de recados.

— Un marinero, dijo, acaba de traer esta carta para el Señor Francisco Estévan.

— Sí, dijo este : tenia yo mandado que si habia alguna novedad me avisasen aquí.

— Pues vaya, hijo, toma la carta.

Francisco Estévan miró el sobrescrito.

Era letra de mujer.

Le latió el corazon y abrió con miedo la carta.

Decia así :

« Os espero : encontrareis un hombre que os guiará hasta mí ; estoy desesperada, y vos sois

mi única esperanza ; me habeis salvado una vez, salvadme otra. — Cláudia. »

— Adios, adios, dijo Francisco Estévan aturdido á Don Serafin ; no puedo detenerme; me llama un asunto importantísimo; hasta mañana Don Serafin.

Y salió.

Don Serafin se quedó hecho una estátua.

— ¡ Un asunto importantísimo ! dijo ; ¡ y esa letra es de mujer ! á este muchacho se lo va á llevar el diablo ! ¡ qué lástima !

La verdad era que el bueno de Don Serafin habia echado sus cálculos sobre Francisco Estévan y su hija Serafina.

— ¡ Yo soy rico y ella hermosa ! se habia dicho ; ¡ qué mas puede él apetecer ; se casarán.

Los sueños del honrado comerciante, sueños que contaban ya una larga fecha desde que habia

quedado huérfano Francisco se venian al suelo ó por lo menos se hacian muy dudosos.

Don Serafin se fue entre su familia de muy mal humor.

CAPITULO VII

EN QUE FRANCISCO ESTÉVAN CONOCE QUE ERA MAS FELIZ QUE LO QUE HABIA CREIDO Y HACE UNA BUENA PRESA

I

El marino esperaba á la puerta.

— ¿Quién os ha dado esta carta? dijo Estévan.

— La han llevado al barco, mi comandante.

— ¿Cuándo?

— Hace poco.

— ¿Y quién la ha llevado?

— Un criado.

— ¿Dónde está?

— Esperando á usia tras de la primera esquina.

— Vamos allá.

El marinero condujo á Francisco Estévan á una esquina inmediata.

Junto á aquella esquina habia un hombre embozado.

II

— ¿Sois vos quien ha llevado al Vengador una carta para Don Francisco Estévan?

— Yo soy, señor: ¿y vos sois Don Francisco?

— El mismo.

— Yo tengo á mucha honra hablar con vuestra señoría.

— ¿De parte de quién venís? dijo con impaciencia Estévan.

— De parte de la señorita.

— ¿De Doña Cláudia?

— Si señor.

— ¿Teneis órden de conducirme?

— Sí señor: la señorita está tan sola en el mundo, señor..... su tio.....

— Bien, bien, dijo Estévan atajando las confidencias del doméstico, andad de prisa.

III

En un frondosísimo jardin, á la luz de la luna, sentada en un banco rústico al pie de unos copudos álamos, habia una jóven.

Esta jóven era hermosísima y la pálida y clara luz de la luna que la bañaba plenamente, aumentaba su hermosura.

Una espresion de profunda tristeza nublaba su bello semblante, por el cual corrian lentamente las lágrimas.

Estaba completamente vestida de negro.

Se comprendia en la frescura y en la ansiedad con que miraba á un postigo del jardin, que esperaba con impaciencia.

IV

Sonaron muy cerca de la inmediata parroquia las ánimas.

Al mismo tiempo se oyeron precipitados pasos en la calleja á donde correspondia el postigo.

La jóven se levantó de una manera nerviosa, y corrió al postigo.

Sonó una llave en la cerradura y el postigo se abrió.

Entraron dos hombres.

Cláudia, que ella era, dió dos pasos atrás como pesarosa de haber avanzado tanto.

Uno de aquellos hombres adelantó vivamente hácia la jóven con un movimiento apasionado, y el otro cerró el postigo, y se metió entre los árboles.

Pero permaneció en un lugar, donde, si no podia oir, podia ver á los jóvenes.

V

— ¡Señora! esclamó Francisco Estévan deteniéndose á poca distancia de Cláudia y saludándola con una perfecta atencion.

— No penseis por Dios mal de mí, dijo Cláudia juntando las manos.

— Yo... pensar yo mal de vos, señora, esclamó Francisco Estévan... yo que...

Y se detuvo.

Comprendió que no era aquella la ocasion de manifestar la pasion que le enloquecia.

Pero aunque las palabras no lo revelaban, lo revelaba todo en el jóven marino; la mirada, la actitud, el temblor de la voz, la agitacion inmensa que le dominaba.

Cláudia sintió, comprendiendo esto, que una alegría inmensa inundaba su alma.

— Yo no tengo mas amigo que vos, dijo Cláudia, y porque el corazon me dice que vos sois mi amigo, os he llamado.

— Señora, vos podeis disponer de mí hasta mi sangre, hasta mi vida.

— Gracias, amigo mio, gracias, contestó Cláudia, y se sentó en el banco señalando á Francisco Estévan un lugar junto á ella.

El jóven se sentó.

Cláudia guardó silencio y permaneció por algun tiempo con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Francisco callaba tambien porque no sabia qué decir.

— En verdad, en verdad, dijo Cláudia, que si os he llamado desesperada, una vez que sois venido, no sé qué deciros : mi desdicha no tiene remedio.

— No hableis de imposibles á Francisco Estévan, señora, él no los conoce.

— Sin embargo, los hay.

— Decid, decid, señora, y veremos si yo encuentro imposible como vos, el remedio de lo que os sucede.

— Ya sé yo que vos no encontrareis imposible el remedio de lo que me amenaza ; pero yo no quiero el remedio que vos encontrareis : no, Dios mio, no.

— Hablad, señora, hablad, yo os lo suplico, esclamó Francisco Estévan.

— Perdonadme, yo no hablaré: os he llamado enloquecida por la desesperacion: despues he reflexionado.

— Pues bien, señora, hablaré yo...

— Hablad pues.

— Voy á deciros de una vez todo lo que tengo que deciros: yo os amo.

— ¡Oh Dios mio! esclamó Cláudia, ¿y cómo podeis amarme si no me conoceis?

— Os ví desde mi barco con mi anteojo, la tarde anterior á la noche en que fue acometida la quinta por los piratas: despues, cuando volví en mí en la cámara de mi barco, volví á veros.

— ¡Ah! despues de haberme salvado.

— Decidme, señora, decidme: ¿os habeis acordado de mí?

— ¡Dios mio! si yo os hubiese olvidado mereceria la desgracia horrible que me amenaza.

Y dijo de una manera tan apasionada estas palabras, que Francisco creyó que iba á desfallecer de alegría.

—¡Vos me amais! esclamó: si, vos me amais... no he conocido el amor hasta ahora que lo he visto en vuestros ojos, en vuestro acento.

—Si, si, os amo, contestó Cláudia mirando de una manera fija, ardiente, profunda, á Francisco: si yo no os amara, ¿por qué habia de estar desesperada? ¿no lo debo todo á vuestro valor, á vuestra generosa entereza á pesar de que teníais á vuestros pies el ensangretando cadáver de vuestro padre?... perdonadme si os avivo este dolor... si vos no hubiérais aterrado á los piratas, á estas horas estaria yo deshonrada, esclava en esa Africa maldita, muerta por la vergüenza y por la desesperacion; luego,

luego, fue la vida la que me salvásteis, con peligro de la vuestra.

— Cumplia un deber, señora.

— Y yo cumplo el mio amándoos... si... porque no he de decirlo... amándoos con toda mi alma... si, con toda mi alma, y si tuviese mas que mi alma, con mas que mi alma os amaria.

— ¡Oh! señora que vais á volverme loco.

— Yo estoy loca tambien... y bien, qué importa: quereis que os diga mas... estoy enamorada de vos... muerta de amor.

Y Claudia se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.

VI

Francisco rodeó un brazo á la espalda de Claudia, la atrajo á sí y la estrechó contra su pecho sollozando.

Claudia se estremeció, pero no pretendió desasirse.

Francisco Estévan, el bravo Francisco Estévan sollozaba como una mujer.

— Dejadme, dejadme, dijo Claudia: yo estoy loca, loca... porque os amo... os lo he confesado porque nada recelo de vos... porque vos me adivinareis, no es verdad, porque vos sabeis que antes de manchar la honra de mis padres, me dejaria quemar á fuego lento.

— Pero vuestros padres, vuestro hermano verán desde el cielo lo que no vean los hombres.

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

— ¿Qué quereis decir?

— Que vos no podeis permanecer en esta casa.

— ¡Qué decís! dar yo que decir al mundo... el amor os hace olvidaros de todo, añadió triste y solemnemente Claudia.

— No, no podeis permanecer en esta casa, dijo Francisco: el corazon me dice que si permaneceis en ella os va á acontecer algo que será irremediable.

— ¿Y qué puede acontecerme?... es verdad... si... yo me he negado enérgicamente á todo: he dicho á mi infame tio que prefiero morir de mil muertes antes que...

— ¿Antes qué...?

— Antes que unirme á otro, que á vos.

— ¡Ah! ¡quiere casaros!

— Sí.

— ¡Queria casaros! repitió con acento terrible Francisco Estévan.

— Sí, con un hombre odioso.

— No os casareis, vive Dios, no os casareis... esclamó Francisco Estévan.

Y luego añadió.

— ¿Dónde está ese hombre?

— En esta casa.

— ¿En esta casa?

— Sí: ha llegado esta mañana.

— ¿Quién es ese hombre?

— El Conde de Tres-Pozos.

— ¡Ah! ¿el de Murcia?

— Sí.

— Un noble arruinado, un miserable que os

busca sin duda porque sois rica, y desgraciadamente Marquesa y grande de España, por la muerte de vuestro hermano.

— Decidme, señora, decidme: vivia con vos y con vuestro hermano en la quinta de los Azhares el Marqués de Castro-Ponce?

— No; iba á vernos de dia, no siempre: nos habia llamado de Nápoles, donde tenemos nuestros estados, ó donde los tengo yo, á pretesto de que queria acabar su vida á nuestro lado.

— ¿Pero no decia ese hombre que no tenia parientes?

— Nosotros lo somos muy lejanos, parientes al fin los únicos, y por consecuencia sus herederos: — yo me negaba á venir, porque el corazon me decia que en España debia acontecerme una horrible desgracia, — pero mi hermano me decia: —Hemos de heredarle y debemos ser condescendientes. — Vinimos al fin, ¡ojalá nunca hu-

biéramos venido! el Marqués nos llevó á la quinta de los Azhares y nos dijo: — Mi casa es muy triste, aquí viviréis mejor, — yo viviré en mi casa porque estoy acostumbrado á ella.

— ¿Pero no vivia en la quinta? dijo profundamente Francisco Estévan.

— No.

— Pues bien, esclamó el jóven: ya no tengo duda, el Marqués ha llamado á Benabarre, que es un miserable: el Marqués tiene sin duda contra vosotros un ódio á muerte... ¡ah! ¡sí! ¡sí! hay en España, en la costa, renegados que están en connivencia con los piratas berberiscos... sin duda, sí, ¡el Marqués se ha valido de uno de esos hombres! pues bien, el Marqués está bajo mi venganza — el Marqués ha causado la muerte de mi padre: yo lo sabré: yo se lo probaré al Marqués... es difícil... no importa... yo encontraré el medio... no ha sido Benabarre el

que ha matado á mi padre, no: ha sido el Marqués que lo ha llamado.

— ¿Pero qué motivo de ódio puede tener el Marqués contra nosotros? esclamó Claudia.

— No lo sé, pero lo adivino.. creedme, señora, vos no podeis permanecer ni un momento mas en esta casa.

— ¡Oh! ¡por Dios! ¡mi honor!

— Vuestro honor está bajo mi salvaguardia.

— Ya lo sé... nada temo de vos... pero el mundo...

— El mundo será satisfecho muy pronto... muy pronto partiremos para Nápoles, y alli sereis mi esposa, señora.

— ¿Pero á dónde me llevareis si yo os sigo?

— A mi casa.

— ¡A vuestra casa!

— Sí, nadie sabrá que estais en ella... os guardarán mis fieles y viejos criados, que han ido hoy á mi barco ansiosos viendo que yo no iba á mi casa : yo huia de mi casa : en ella existe la sombra de mi madre, la sombra de mi madre os protejerá, señora.

VII

Claudia inclinó la cabeza sobre el pecho y permaneció durante algun tiempo profundamente pensativa.

Francisco esperaba con ansiedad.

—¿Decís que en vuestra casa hay una anciana criada vuestra y un criado anciano?

— Sí, dos criaturas nobles y leales que me

han visto nacer y que me aman como si fuera su hijo.

— ¡Bien! pero es necesario contar con ese criado del Marqués, de quien no he logrado se preste á llevaros mi carta y á traeros aquí sino dándole mis mejores alhajas y prometiéndole mas.

— De ese hombre me encargo yo, dijo Francisco Estévan.

Y se fue al lugar, donde entre la sombra de los árboles esperaba el criado.

Estuvo hablando con él de una manera acalorada algun tiempo.

Al fin volvió.

— Ese hombre es nuestro, dijo á Claudia.

— ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! dijo Claudia levantando los ojos al cielo: perdóname porque no tengo valor bastante para arrostrar el martirio.

Y se asió al brazo de Francisco.

Este adelantó hácia el criado.

— Abre y guia, le dijo: á la calle de la Cigüeña.

— Muy bien, señor capitan, contestó el criado: soy vuestro en cuerpo y en alma.

Y se fue al postigo y le abrió.

Salieron y el criado cerró el postigo y tomó la callejuela adelante.

Los dos jóvenes le siguieron.

VIII

Claudia iba sin manto, con la cabeza descubierta.

Pero esto importaba muy poco.

A aquellas horas y en aquellos tiempos no andaba nadie por las calles.

Sin embargo era posible encontrar una ronda.

La calle de la Cigüeña estaba tan cerca de la casa del Marqués de Castro-Ponce, como que por razon de vecindad habia trabado hacia muchos años el Marqués conocimiento con el padre de Francisco.

Llegaron muy pronto sin haber encontrado á nadie.

Francisco llamó, y como por la manera de llamar le hubiese conocido el viejo Simon, corrió á abrir la puerta.

— ¡Ah! que sois vos, esclamó alegre y conmovido : y nos habian dicho á mi y á Rosalia que no os atreviais á venir á casa por no entristeceros... pero no venís solo...

— Cierra, cierra, mi viejo lobo marino, dijo

Francisco que habia entrado con Claudia, mientras hablaba Simon que, á causa de ser corto de vista, no habia reparado en el primer momento en la jóven.

— ¡Calla! ¿y quién es este? dijo Simon reparando, al cerrar la puerta, en el criado del Marqués: ¿este se queda tambien aquí?

— Pues y ya lo creo, contestó Francisco.

Y subió con Claudia y entró con ella en la sala principal.

Todo estaba con un órden admirable.

Parecia que la casa estaba habitada por sus dueños.

El criado del Marqués se habia quedado fuera.

— Señor, señor, dijo Simon, ese hombre que ha venido con vos tiene muy mala cara.

— Por lo mismo, dijo Francisco Estévan, hazle entrar.

Y asiendo de la mano á Claudia la llevó á un gabinete y la dijo:

— No tardaré, solo voy á hablar algunas palabras con ese hombre.

Y salió de nuevo á la sala.

En ella estaba ya rodeando en torno suyo una mirada recelosa el criado del Marqués,

IX

Al ver la terrible mirada que fijaba en él Francisco Estévan, retrocedió.

— Quien ha hecho traicion á su amo por dinero, hará por dinero traicion á otro, dijo el jóven

Aquel hombre, que era viejo y tenia muy mala

catadura, de rufian y de asesino, se echó á temblar.

— Yo os he servido bien, Señor Don Francisco, dijo, os he entregado una perla.

Y por desgracia suya se permitió una tal sonrisa, que Francisco Estévan tiró fuera de sí de la espada.

— ¡Ah! ¡por Dios! esclamó el pícaro cayendo de rodillas: no me mateis, que yo os diré tales cosas que os alegrareis de no haberme matado.

Francisco se contuvo y dijo al miserable envainando su espada.

— Sígueme.

El viejo lo siguió temblando.

Francisco le llevó á un aposento que no tenia ni ventana ni salida, lo encerró y dijo á Simon.

— Mi buen amigo: toma mi cuchillo de abordaje, quédate aquí, y si ese pícaro, que es muy fuerte, pretende forzar la puerta, mátale.

—¡Ah! dijo Simon montando su guardia: no se escapará del pañol donde le habeis metido.

X

Francisco volvió al gabinete donde habia dejado á Claudia.

Con ella, profundamente admirada, estaba Rosalia.

En el gabinete habia un gran lecho, un lecho nupcial.

— Perdonadme, señora, dijo Francisco: pero es necesario que yo hable con ese hombre: la Providencia nos ayuda.

—Es el criado de confianza del Marqués y el

mas antiguo de su casa, dijo Claudia: debe poseer muchos secretos de su amo, pero es avaro y capaz de todo por el dinero, ya lo habeis visto.

—Pues bien, si estais fatigada recogeos. Rosalia os servirá y os acompañará.

—No, no; dijo Claudia: id, yo os espero.

—Volveré cuanto antes.

Y Francisco salió, sacó del aposento donde le habia encerrado al criado del Marqués, y le llevó á su cuarto.

CAPITULO VIII

DE COMO FRANCISCO ESTÉVAN SE ENCONTRÓ CON QUE EL MARQUÉS DE CASTRO PONCE ERA UN RACIMO DE HORCA

I

—Elije, le dijo Francisco Estévan, entre ser rico ó muerto.

—La eleccion no es dudosa, contestó espantado el miserable : elijo ser rico.

—¿Cómo te llamas?

—Juan Pardales, natural de Alburquerque, en Estremadura, sesenta años y ayuda de cámara del Señor Marqués de Castro-Ponce.

—¡Basta! ¿eres tú aficionado á la navegacion?

Miró profundamente Pardales á Francisco.

—Vamos, veo que sí, dijo este.

—Un poco, añadió Pardales.

—Deben gustarte mucho las travesías á Africa.

—¿Por qué me preguntais eso?

—Porque en Africa me ha hablado mucho de tí el Arraez Cide-Aliatar-Benabarre... solo que yo habia olvidado tu nombre.

—Vamos Señor Don Francisco, vos sabeis algo pero no lo sabeis todo, dijo Pardales: que que-

reis, mi amo no ha podido olvidarse nunca de Doña Aurora.

—¿Por qué no dices de la Marquesa de Tres-Pozos? preguntó hablando á bulto Francisco.

—Pues sabeis mas de lo que yo creia, dijo Pardales.

—Si, sabia yo demasiado, dijo Francisco con gran aplomo, que el Marqués se habia sostenido soltero por sus amores con...

—Sí, sí señor por sus amores con Doña Aurora de Iñigo, Marquesa de Tres-Pozos.

—¡El asesino! se aventuró á decir Francisco Estévan.

Y vió que Pardales palidecia y temblaba.

—Revélamelo todo, dijo Francisco, ó te mato y luego te arrojo al pozo: nadie sabe que estás aquí, mis criados callarán.

—Entre ser rico ó muerto, se atrevió á decir

Pardales alentado por su avaricia, he elegido ser rico.

—Cuenta con mil ducados sobre mi palabra: pero no me engañes, porque ya ves... estoy al corriente.

—Todo os lo revelaré, y en muy pocas palabras, porque la historia no es muy larga: pero permitidme que me siente.

—Siéntate en buen hora.

II

Pardales se sentó frente á Francisco, y despues de un momento de reflexion dijo:

—Hace treinta años, tuve yo un encuentro en Madrid, á las dos de la madrugada, con el Señor

Marqués de Castro-Ponce que no me conoció, porque salia de la casa de cierta buena moza gaditana á quien conocia mucho yo.

El Marqués era sereno y valiente y por cabo de lama me dijo:

—Me convienes: eres el hombre que yo buscaba en vano: te lo conozco en la cara: ¿tienes tú cuentas que ajustar con la justicia?

—Si la justicia me conociera, dije yo, puede ser, pero la justicia no me conoce.

—Sígueme, pues; desde este momento eres mi ayuda de cámara.

Seguí al Marqués que me metió en su casa por un postigo, me dió dinero, me dijo que me presentase al dia siguiente á su mayordomo que ya estaria avisado, y me echó fuera.

Me entré yo al servicio del Marqués.

Por algun tiempo no me habló una palabra.

Un dia me dijo:

—Acecha á un hombre que saldrá esta noche de la casa del Marqués de Salgado, mi primo, por un balcon y descenderá por una reja: en la calle del Postigo de San Martin, vive mi primo: no lo olvides. Es necesario que ese hombre se quede allí.

Pero no se quedó, porque yo era entonces novicio, tenia mas fachada que fondo, me tembló la mano, di el golpe en vago, y recibí una cuchillada de que estuve á la muerte.

Pero aunque el golpe habia sido en vago, estuvo tambien á la muerte Don Luis de Acebedo, amante de Doña Aurora de Zaldivar, hija del Marqués de Salgado.

Y aconteció, que como la honra de su amante estuvo comprometida, este se atrevió á revelarle á su padre sus amores secretos, y aunque el Marqués aborreciese á Don Luis por cuestiones de

familia, porque eran algo parientes y le habia negado la mano de su hija, temeroso de que se muriera Don Luis, y su hija se quedara deshonrada, se la dió por esposa *in articulo mortis*.

Pero Don Luis no se murió, sino que curó completamente, como si no le hubieran alojado una hoja de Albacete en el pecho, y á los tres meses se fue con ella para Nápoles donde el Marqués de Salgado tenia sus bienes, para hacer que no se conociese en Madrid una fecha.

Yo estuve tan al estremo, que en cinco meses no fuí hombre, y antes de los cinco meses dió á luz Doña Aurora, en una villa cerca de Nápoles, su hijo mayor Don Juan.

El Marqués mi amo, estaba desesperado.

No tenia de quien fiar mas que de mí, porque no á todo el mundo puede decirse « sigue á ese hombre y ponle mudo y frio » y yo no servia para nada ni serví en mucho tiempo.

El Marqués de Castro-Ponce es terrible.

Adoraba à su sobrina Doña Aurora de Aguas-Vivas, y esta le habia despreciado por Don Luis.

—¡Pardales! me decia: ponte bueno, ponte fuerte; esos malditos han venido, en todas partes los veo: cada dia me parece mi sobrina mas hermosa, es necesario que se quede viuda.

Al fin, un dia al cabo de dos años, unas aguas milagrosas me curaron.

Volví á ser fuerte y ágil.

—Házla viuda, me dijo el Marqués.

Pero la suerte protegió tambien por aquella vez á Don Luis de Aguas-Vivas; fuí sorprendido cuando me introducia en su dormitorio y me echaron por ocho años á presidio.

El Marqués no pudo salvarme de la cadena, pero no me abandonó mientras duró esta.

La cumplí al fin.

Salí, y entré al servicio del Marqués aunque en secreto.

Es decir, yo le servia fuera de su casa.

Lo acompañaba de noche en sus desórdenes, le guardaba las espaldas, y de cuando en cuando daba por su cuenta una paliza.

El Marqués se mantenia soltero.

Sin embargo, como no me hablaba de ella, yo creia que se habia olvidado de su sobrina.

Cada año habia dado Doña Aurora á luz un hijo hasta que cesó con Doña Claudia.

Esta última, y Don Luis, el primero, eran los únicos que la quedaban.

Los otros se la habian muerto.

—Bueno es que crezcan el primogénito y la pequeñuela queridita, me dijo un dia el Marqués: es necesario que prueben todos los dolores.

—Segun eso, esclamó estremeciéndose Francisco Estévan, tu amo habia hecho matar á los otros hijos de Doña Aurora.

— El veneno es muy cómodo, señor capitan, dijo Pardales.

Yo creí, pues, que habia cambiado de intencion para con sus aborrecidos parientes mi amo y que preferia herirlos en el alma á herirlos en el corazon.

Pero me engañaba.

Un dia me dijo al fin.

— No puedo olvidar á esa mujer, no puedo dejar de adorarla, cada dia está mas hermosa: házla viuda.

Yo desconfiaba de mí mismo; me valí entonces de una segunda mano.

— De una segunda mano mas fuerte y mas esperimentada que la tuya, y que concluyó el negocio, ¿no es esto?

— Si señor: una mañana amaneció muerto Don Luis de Aguas Vivas.

Ninguna herida se encontró sobre el cadáver, ninguna señal de violencia.

Los médicos declararon que habia muerto de apoplegia fulminante, se le enterró y en paz.

Mi amo volvió á la carda, esto es á enamorar á Doña Aurora, que se conservaba hermosisima.

Doña Aurora le despreció, y para librarse de sus importunidades se fué á Nápoles con sus hijos.

— ¿Y nada sospechaba del Marqués Doña Aurora?

— Nada: le aborrecia por instinto: pero no creia que fuese el asesino de sus hijos y de su marido.

Doña Aurora permaneció en Nápoles, y entonces el Marqués me admitió ostensiblemente entre su servidumbre.

Pasó mucho tiempo, mucho.

Tanto, como que Doña Claudia habia cumplido sus quince años, y segun noticias era mas hermosa que su madre.

Yo, aunque el Marqués no se habia casado, como en tantos años no me habia dicho nada de Doña Aurora, creí que su ódio ó su amor se habian amortiguado ya.

Pero hace dos años me dijo el Marqués á su vuelta de un viaje que habia hecho á Nápoles:

— Yo vengo y tú vas.

— ¿Y á qué voy yo?

— Es necesario que Doña Aurora descanse; pero nada de hierro, nada, como los otros, dulcemente.

Y fuí y descansó dulcemente Doña Aurora.

— ¿Y despues ha llamado á sus hijos que lo ignoraban todo?

— Sí, sí señor: pero lo que yo ignoraba era

que al ódio que sentia contra sus estraños parientes el Marqués, se unia la avaricia.

— Me gustaria, me dijo, ya que estoy viejo y delicado, ir á pasar los inviernos en la hermosa villa que mis sobrinos tienen junto á Nápoles.

— ¿ Y quién os impide ir? le dije.

— No, es mejor que primero vengan ellos.

Y los llamó y vinieron sin saber que quien los llamaba era el asesino de sus padres y de sus hermanos.

Yo me negué redondamente á esta exigencia del marqués.

— ¿ Y por qué te negaste?

— Porque amo como á mi alma á Doña Claudia.

III

Ardió una mirada terrible en los fieros ojos de Francisco Estévan.

—¡Qué la amas, miserable! esclamó.

Y se puso de pie pálido, convulso, amenazador.

—Sosegaos, mi buen señor, sosegaos, dijo Pardales; no teneis por qué tener celos: á mas, si me matais, no podré serviros; y puedo serviros de mucho: lo sabeis bien.

Yo amo á Doña Claudia como jamás ha amado un hombre sobre la tierra, para hacerla feliz procurándola el hombre que ella ame á despecho de su tio.

— Eres el miserable mas audaz que conozco, digno cómplice de un hombre como tu amo; pero sigue, sigue: ¿cómo es que habiéndote propuesto protejer á Doña Claudia has llevado en daño suyo á Túnez una carta del Marqués para Cide-Benabarre?

— No la he llevado yo: un dia el Marqués me dijo: dicen que hay aquí bribones, malos cristianos que están en inteligencia con los piratas africanos; yo quiero conocer á uno de esos hombres.

Yo no me figuré ni remotamente cuál era la intencion del marqués...

— Basta, no necesito saber mas, dijo Francisco Estévan; quien necesita saberlo todo es la justícia; yo cumpliré mi palabra: te daré mil ducados, pero busca á quien dejarlos porque vas á ir á la horca.

— ¡Ay mi señor! lo que yo os he dicho no lo

ha oido nadie: yo diria que vos habeis querido perderme: ¿cómo probariais que los Marqueses de Salgado y sus hijos han sido envenenados por el Marqués de Castro Ponce, y que ha llamado á los piratas sobre su quinta.

Pero lo probarán los piratas, yo te lo aseguro.

Púsose densamente pálido Pardales y se acercó como para probar una huida.

Francisco Estévan lo asió, lo sacudió y lo tiró por tierra.

IV

—¡Simon! gritó.

Apareció el viejo marino.

— Vamos á encerrar á este hombre en el sótano, le dijo; es un miserable asesino; sucédame lo que me suceda mañana, consérvale encerrado hasta que yo tenga las pruebas de sus crimenes y venga á sacarle para entregarle á la justicia.

Pardales rugió como un leon cogido en la trampa.

Pero habia caido en unas terribles manos y fue encerrado en un lugar donde estaba perfectamente seguro.

V

Francisco Estévan volvió al lado de Claudia.

Esta le esperaba con impaciencia.

Rosalia, que estaba algo escandalizada, desconfiaba de Francisco, y sobre todo de la indudable pureza que rebosaba de Claudia, les dejó solos murmurando:

— Dios quiera que no se nos eche á perder el señorito.

VI

— ¿Qué habeis hecho de ese hombre, señor mio? le preguntó Claudia.

— Le he encerrado.

— Habeis estado mucho tiempo con él...

— Me ha contado una larga historia.

— ¿Acaso de mi tio?

— Sí; me ha dado armas bastantes para poder

obligar á vuestro tio á que consienta en casaros conmigo.

— ¿Y no puedo yo saber qué género de armas son esas?

— Miserias que no debeis oir vos, contestó Francisco Estévan, que no creia conveniente decir á Claudia que el Marqués de Castro Ponce era el asesino de toda su familia.

Que habia llevado su ódio contra Doña Aurora hasta un límite horrible, y que queria continuarle reduciendo á la desesperacion á la última que quedaba de esta familia de una manera tan infame esterminada.

Francisco no queria dar á conocer á Claudia un demonio semejante.

Y de tal manera, con tal naturalidad, con tal aplomo habia contestado Francisco Estévan á la jóven, que esta creyó todo lo que la dijo, y no se atrevió á preguntar á Francisco sobre cosas que este afirmaba eran repugnantes.

Supuso en su tio una vida licenciosa, una vida de libertino, y no fue mas allá.

No pensó en el crímen.

De una manera tan sagaz habia cometido el crímen el Marqués.

VI

—¿Y no temeis, dijo Claudia, que mi tio sepa que vos sois el que me habeis sacado de su casa?

—No: nadie ha sorprendido nuestra entrevista, nadie nos ha visto salir, nadie entrar aquí y Pardales está perfectamente asegurado; Pardales no hablará sino cuando sea necesario que hable: reposad pues, señora de mi alma, y reposad tranquila: mañana todo estará arreglado.

Francisco Estévan salió, hizo entrar á Rosalía, y Claudia se acostó sobrescitada, pero llena de confianza respecto al amor y al honor de Francisco Estévan.

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

VII

Francisco Estévan se recogió á su antiguo aposento, y apenas estuvo en el lecho, se durmió para soñar con Claudia.

Era feliz.

Ni un solo momento pasó por sus sueños la imágen de Clara, de aquella hermosísima niña que habia salvado del poder de un infame pirata.

Sin embargo, Clara soñaba con Francisco Estévan.

CAPITULO IX

DE COMO FRANCISCO ESTÉVAN ERA UN GRAN ESCAMOTEADOR

I.

Francisco Estévan durmió únicamente algunas horas.

Apenas clareaba el dia, cuando se levantó.

Rosalia, que era muy madrugadora, andaba ya por la cocina.

—Buenos dias, mi buena vieja, la dijo Estévan: ¿cómo tan temprano y ya de pie?

—Toda mi vida me he levantado con estrellas, dijo Rosalia, y por esto creo que me conservo fuerte y ágil á los sesenta años: y vos, señorito, ¿habeis pasado bien la noche?

—Muy bien, Rosalia, muy bien.

—Yo me alegro: voy á haceros chocolate: válgame Dios, estoy tan contenta de teneros en casa... ¿pero os ireis pronto, no es verdad? añadió tristemente la buena vieja.

—No sé, contestó Francisco Estévan: podrá suceder que esté algunos dias, mucho tiempo, ¿quién sabe? puede ser que me haga á la vela hoy mismo: no me hagas chocolate, no tengo apetito.

—Andais algo levantado de cascos, dijo Rosalia: ¡ya se vé, esa dama!

—Mi esposa, Rosalia, mi esposa.

—Ya lo creo: no espero que vos hayais sacado de su casa á la hermosa sobrina del Señor Marqués de Castro-Ponce, sino para casaros con ella. ¿Pero á qué haberla sacado? Es verdad: como no sois Marqués, no habrá querido dárosla su tio.

—Estás reventando de curiosidad, Rosalia, y no te puedo decir lo que hay en esto: bástete con saber que Doña Claudia está tan respetada en mi casa, como si viviera con mi madre.

—Y si no estuviera respetada, contestó vivamente Rosalia, en cuanto yo lo notara no estaria en ella, ni estaria Simon; no señor, porque Simon tambien es muy honrado.

—Pero no se levanta tan temprano como tú, dijo Estévan dando por toda contestacion estas palabras y una sonrisa á las severas palabras de su vieja criada.

II

—Perdonad, señor, dijo Simon entrando en la cocina donde acontecia esta escena: no se levanta quien no se acuesta.

—¡Diablo! dijo Francisco: ¿te has estado toda la noche de centinela á la puerta del cuarto de ese bribon?

—Me habiais mandado que le guardase bien.

—Es verdad, contestó Francisco; hay que tomar algunas medidas: tú no puedes guardar siempre á ese infame, buen viejo Simon: tráete un pañuelo.

—¡Un pañuelo!

—Sí, y una cuerda.

—¿Y qué mas?

—Un cuchillo.

—¡Señor! esclamó asustado Simon mirando friamente á su amo.

—No se trata de matar á nadie.

—¡Ah! respiro, señorito, respiro; ya lo estrañaba yo; y aunque ese bribon tiene cara de ahorcado, ¡diablo! para eso están los jueces: para castigar á los criminales.

—La justicia le castigará, pero entre tanto necesito tenerle seguro.

—No se me escapará.

—No: mas seguro estará en la sentina de mi barco.

—¡Ah! es verdad.

—Guardado por mis marinos, que no pueden hablar con nadie.

—¿Pero cómo hemos de llevarlo al barco?

—Atado y amordazado.

—Pero verán que se conduce á un hombre.

—No verán.

—Pues no sé.

—Irá en un baul.

—¡Ah!

—Sí.

—¿Y para qué es entonces el cuchillo?

—Para abrir unos agujeros en el baul, á fin de que respire.

—¡Ah! para eso tengo yo una barrena, porque yo señorito, carpinteo; yo fui algunos años calafate en la galera « La Leona, » y me ha quedado la aficion.

—Perfectamente, en el suelo del baul, y procurando que no sean muy visibles, se harán

algunos agujeros. Yo creo que en casa habrá un baul bastante grande para que quepa un hombre.

—Si señor, enorme, enormísimo; á la señora le gustaba tener mucha ropa junta.

—Pues bien, uno de esos baules.

—Voy á sacarle la ropa.

—De ningun modo: la ropa hace falta.

—Pues no sé.

—Sí, á fin de que el cuerpo no se vaya del un lado para el otro.

—¡Ah! pues va á ir bien abrigado.

—Que sude.

—Si se ha de bajar el baul al sótano, yo no puedo con él, estando lleno de ropa.

—Quítale, así como la mitad: como lo que puede suponerse abultará el cuerpo de ese pícaro.

—Tampoco podré, y Rosalia no sirve para ayudarme.

—Acaba de decir de una vez que necesitas que te ayude yo.

—Yo no me atrevia.

—Vamos á ello y concluyamos cuanto antes.

III

Algunos minutos despues, Pardales estaba perfectamente atado, perfectamente amordazado, y perfectamente atacado, es decir, rodeado por arriba, por abajo, por derecha y por izquierda, y sin mas que la cabeza libre para que pudiera respirar.

Francisco Estévan era duro de carácter, y anduvo cruel con Pardales.

Porque la posicion á que aquel infame estaba sujeto, era violentísima y hasta tal punto, que determinaba un tormento irresistible.

El baul era enorme, y tenia dos grandes asas de baqueta.

Debajo de una de aquellas asas, junto á la cabeza del prisionero, Simon hizo algunos agujeros que dieran entrada al aire necesario.

Francisco Estévan cerró entonces el baul y guardó su llave.

IV

—¿Y quién va á llevar el baul? dijo con algun recelo Simon.

—Mis marinos, contestó Francisco.

Respiró Simon.

—Se me ocurre una cosa, dijo.

—¿Y qué?

—Supongamos que al cargar el baul, ponen á ese pícaro cabeza abajo y se le carga la sangre á la cabeza...

—Lo sentiré, porque me sirve: pero si sucede ¿qué le hemos de hacer?

—En fin, se perderá poco.

—Yo tengo otra idea.

—Lo creo muy bien, señorito, dijo Simon que no se atrevió á preguntar á su amo, pero que mostró un gran interés en la mirada por saber la idea.

Las ideas de su jóven señor empezaban á espantarlo.

—Yo creo, dijo, que en mi casa debe haber ropas mias de cuando yo era estudiante.

— Sí que hay... y nuevas y buenas, dijo Simon abriendo mucho los ojos, porque no sabia á dónde su amo iba á parar.

— Búscame esas ropas, y ropa blanca además y vete á llevarlas al cuarto de mi buena madre.

— En él descansa la sobrina del Marqués de Castro Ponce.

— Sí.

— Pues ya sé para qué quereis las ropas.

— Sí, aun no es de dia claro : yo voy á poner hoy mismo en manos de su sobrina al Marqués que me la negará primero, porque yo no soy Marqués y luego porque tiene empeñada su palabra á otro que ha venido ayer á Cartagena con el solo objeto de casarse con Doña Claudia.

— ¡Ah! ¡ya! ¡y por eso!...

— ¡Sí! por eso he sacado á Doña Claudia de casa de su tio.

— ¿Pero cuándo han sido estos amores, señor?

— Dios lo sabe.

— Habeis hecho bien, muy bien: yo lo sabia...

— Ve, ve por la ropa.

V

Simon desapareció.

Francisco Estévan subió al cuarto de su madre y llamó á la puerta de asistentes del dormitorio á pesar de que estaba abierta.

Porque la única salvaguardia de Claudia era el honor y el noble amor de Francisco Estévan.

— Sois vos, amigo mio, dijo Claudia con la voz fatigada, respondiendo al momento.

Señal clara de que no dormia cuando llamó Francisco.

— Dispensadme si turbo vuestro descanso, señora de mi alma, dijo Francisco.

— No podeis turbar lo que no existe, dijo Claudia abriendo las vidrieras y apareciendo vestida.

— Cómo, ¿no os habeis desnudado? esclamó con estrañeza Francisco.

— Sí, vuestra criada me desnudó y me acostó, pero yo volví á vestirme.

— ¿Y por qué Claudia, por qué?

— Por un temor vago.

— ¡Temor de mí!

— ¡Ah! ¡y cómo podeis creer eso! pero me parece que se va á descubrir que yo estoy aquí, que veo entrar á mi tio, que le sigue el Conde de Tres Pozos.

— ¡Ah! esclamó Francisco; por ahora, por algun tiempo, hasta que yo vaya á hablar á vuestro tio para pedirle vuestra mano, no es posible adivinar que estais aquí.

— El Marqués me ha oido hablar con entusiasmo de vos: un dia me dijo:

— ¿Tú le amas?

— Pues no he de amarle, contesté yo, si me ha salvado: le amo con toda mi alma.

— ¡Ah Claudia mia! esclamó arrebatado de amor Francisco Estévan.

— Reparad que hablaba con mi tio: él me dijo:

— Olvidate de ese hombre, porque jamás serás su esposa.

— Eso lo veremos, dijo Francisco Estévan.

VI

— ¡Señorito! dijo á la puerta del cuarto Simon; aquí teneis vuestro traje de estudiante.

— Entra, con licencia de Doña Claudia, y déjalo allí sobre una silla.

Simon entró y dejó sobre un sillon la ropa de estudiante.

Despues salió.

— ¿Y para qué es eso? dijo Claudia.

— Es necesario que salgais de aquí.

— Ya lo veo.

— Y que para salir os disfraceis.

— ¡Oh Dios mio!

— Y eso cuanto antes para poder salir de casa antes de que sea de dia claro, y llegar al puerto á punto de que se abra.

— ¡Oh Dios mio, Dios mio! esclamó Claudia; y, sin embargo, es necesario, necesario de todo punto; sí, sí, todo antes que caer otra vez en poder de mi tio.

— Pues disfrazaos, Claudia de mi alma, disfrazaos; las ropas que están ahí son las mias de cuando yo era estudiante, de mi primera juventud; os vendrán bien: os dejo sola para que podais disfrazaros.

Francisco Estévan salió.

Claudia se dirigió llorando á donde estaban las ropas.

— ¡Oh! dijo, cuando se da un primer paso grave, es imposible dejar de seguir adelante, y sin embargo, era preciso, preciso de todo punto; de otro modo ya hubiera sido sacrificada á ese mi-

serable Conde de Tres Pozos, ó encerrada en un convento... ó asesinada tal vez... mi tio es terrible.

Y Claudia empezó á quitarse las ropas esteriores.

Luego sobre las interiores se puso el traje de estudiante.

—Pero, ¿y los cabellos Dios mio? esclamó: ¿dónde oculto yo mis cabellos?

En efecto, la magnífica cabellera rubia de Claudia era voluminosísima.

— ¿Y los zapatos? añadió: ¿cómo voy yo con estos chapines? ¡oh! él arreglará esto.

Y luego dijo:

— Entrad, amigo mio, entrad.

VII

Francisco Estévan, que estaba en la antecámara, entró.

Al ver á Cláudia exhaló un grito de asombro, de satisfaccion, de alegría, todo á un tiempo.

Claudia estaba hermosisima.

Tenia además tendidos los cabellos de oro.

—¡Oh, si no sois mi esposa, moriré desesperado! dijo Francisco mirando con éxtasis á Claudia.

—Eso ya lo sabemos, señor mio, dijo esta misma de una manera hechicera y fijando una mirada enloquecedora en Francisco; pero lo que precisa ahora es que seais mi peluquero.

— ¡ Vuestro peluquero !

— Sí.

— No os comprendo.

— Buscad unas tijeras.

— ¡Oh, Dios mio, no !

— Es preciso, dijo Claudia : ¿ creeis que no hago un sacrificio en cortarme los cabellos ?

— Haceis mas que eso, amor mio.

— ¿Y qué mas?

— Cortaros los cabellos y cortároslos yo, es de muy mal augurio : á las doncellas que se hacen esposas de Dios, se las cortan los cabellos cuando profesan.

— Yo no seré nunca esposa de Dios.

— ¿Quién sabe?

— Lo sé yo : yo os amo, y no cometeria el sacrilegio de desposarme con Dios, llevando en mi

corazon el amor de un hombre; yo seré vuestra esposa ó moriré. Cortadme los cabellos.

VIII

— Francisco pidió á Simon, que aun esperaba en la antecámara, unas tijeras.

Mientras venia, Claudia dijo á Francisco.

— Queda todavia otra dificultad.

— ¿Cuál?

— El calzado: estos chapines...

— Y es verdad, dijo Francisco verdaderamente embarazado; pero se me ocurre... sí... Rosalia tiene los piés pequeños, y porque le duren mucho, compra unos zapatones muy fuertes, unos verdaderos zapatos de hombre.

IX

— Aquí están las tijeras, señor, dijo á la puerta pero sin asomar la cabeza ni penetrar por ella Simon.

Francisco fue á la puerta y tomó las tijeras temblando, porque era un instrumento de suplicio.

Del suplicio de una caballera que él adoraba.

— Pídele á Rosalia unos zapatos, dijo Francisco: nuevos si es posible.

— Muy bien, señorito.

Francisco volvió al lado de Claudia

— Y no se podria encontrar un medio dijo: que escusase este sacrificio.

— Ninguno: supongo que me llevareis á vuestro barco.

— Es necesario.

— Pues bien, quiero pasar por hombre.

— ¡Ah, no, no! el capellan de nuestro buque nos casará.

— ¡Oh Dios mio!

— Sí, nos casará delante de toda la tripulacion.

— Pero ese es un casamiento irregular: faltan las condiciones necesarias, los requisitos indispensables.

— En buen hora, yo procuraré que el Marqués...

— Se negará.

— Bien lo sé... pero nadie estrañará que yo os tome por esposa de una manera irregular, pero la religion cubrirá vuestro honor.

— Es verdad.

— Perdonemos, pues, esos cabellos que me enamoran.

— Perdonemoslos ; para atravesar solamente la ciudad al amanecer, puede cubrirlos este bonete ; es necesario que tambien me lleve mis ropas.

Y Claudia fue á la cama, tomó una almohada, la quitó la funda y puso en ella las ropas que se habia quitado.

X

— Aquí están los zapatos, dijo Simon ; y son nuevos y buenos.

Francisco fué á la puerta y los tomó.

—¿Quereis hacerme la caridad de darme la llave del baul, señor? dijo Simon.

— ¿Y para qué?

—Estoy pensando en que aquel miserable debe estar muy incómodo.

—Que se lo lleve el diablo, me haces falta en otra parte.

— Cómo querais, señor: ¿dónde?

— Vete al puerto, y haz señas al bergantin para que envie una chalupa.

—Muy bien, señor; dijo Simon, y partió.

XI

Claudia se recogió los cabellos en lo alto de la cabeza.

Despues se la envolvió en un pañuelo de tal manera que no se podia decir si tenia los cabellos largos ó cortos, y aun si los tenia ó no.

Despues se puso encima el bonete.

Los zapatos de Rosalia la venian un poco grandes, á pesar de que Rosalia, como la mayor parte de las cartajeneras, tenia los pies muy pequeños.

Pero podian servir.

Claudia, con las bayetas de estudiante, estaba hermosísima.

El dia avanzaba.

Claudia estaba inquieta.

Francisco Estévan, fuera de sí.

Le parecia un sueño lo que le acontecia.

—¿Qué me importa, dijo, que vuestro odioso tio no quiera concederme vuestra mano?

—Pedidsela, dijo Claudia: primero porque eso debe ser: despues porque, yendo hoy vos, mi tio no podrá ni aun sospechar que estoy en vuestro poder y nos evitaremos de zozobras.

—¿Y qué zozobras podeis temer estando à mi lado? contestó Francisco Estévan con aquel acento de *Guapo* que no podia evitar, que era natural en él: esto es, de hombre de poder.

—Me reclamaria mi tio por la justicia.

—Con vos á bordo del *Vengador*, toda la justicia del mundo, no seria bastante para robaros á mi amor.

Y al decir estas palabras Francisco Estévan, su acento habia sido ni mas ni menos que el de un *Guapo* de Almadrabe.

—¡Oh, Dios mio! ¡me dais miedo! dijo Claudia.

—Que me tema todo el mundo, dijo Francisco; que huyan de mí como de una fiera, pero yo no quiero que vos me temais.

—Yo no os temo por mí, dijo sonriendo melancólicamente Claudia; pero temo que hagais algo terrible, que os cueste muy caro.

—Ni por la mar, ni por la tierra, Claudia, contestó dulcemente el jóven, hay nadie que le haga pagar caro á Francisco Estévan nada de lo que haga.

Y á pesar de la dulzura, el acento de Francisco sonaba á *Guapo*.

Su padre le habia criado para esto, y Francisco habia aprovechado la educacion.

Pero estas maneras y este acento de brabata, no escluian á Francisco Estévan las maneras de caballero.

XII

Vino al fin Simon.

—La chalupa os espera ya, señor; dijo siempre desde detrás de la puerta, y yo me he traido seis marineros para que carguen con el baul.

—¡Un baul! esclamó Claudia.

—Sí, nuestro equipaje; vamos pues, Claudia, aun es muy de mañana y no encontraremos gente hasta llegar al puerto.

—El capitan del puerto me conoce.

—Os embozareis bien, y pasareis.

El hermoso semblante de Claudia se nubló, todo aquello la contrariaba de una manera terrible.

—Vamos, dijo.

Y echó á andar.

Antes de llegar á la puerta se detuvo.

—¿Qué os sucede? dijo cuidadoso Francisco Estévan.

—¿Y Pardales?

—¡Oh! ¿Qué importa Pardales?

—Puede vendernos.

—No nos venderá.

—¿Qué habeis hecho con él? preguntó con inquietud Claudia.

—Nada temais: ese hombre está preso.

Claudia siguió.

Bajaron, y en el patio encontraron seis mari-

neros que saludaron respetuosamente á su comandante.

Claudia se habia embozado hasta los ojos.

Los marineros disimularon su estrañeza.

¿Qué estudiante era aquel que acompañaba á su capitan?

XIII

Salieron, y á gran paso recorrieron las calles que conducian al puerto.

En efecto, á nadie encontraron.

Era muy de mañana.

Tras ellos iban seis marineros conduciendo el baul de una manera horizontal, sobre tres palos que les habia procurado Simon.

Este les habia dicho:

—Es necesario que este baul vaya sin columpiarse por un lado ni por otro, y con la tapa para arriba, porque así lo requiere lo que encierra: conque á ver, buenos mozos, si haceis de modo que el capitan no tenga que mandar que os den una repasata.

En el puerto no habia gran movimiento aun.

La capitania estaba cerrada.

Nadie reparó en que al capitan Francisco Estévan acompañaba un estudiante, ó mejor dicho, nadie lo estrañó.

Los dos amantes entraron en la lancha, y en ella fue puesto el baul.

Inmediatamente, y con los seis remeros por banda, la chalupa avanzó hácia el *Vengador*.

Cuando entraron á bordo, sintió Francisco Estévan como que se le dilataba el alma, y dijo

á un contramaestre dándole la llave del baul que estaba sobre cubierta.

— Haced que bajen eso al entrepuente, abridlo y encerrad en la sentina lo que encontreis dentro.

Cuando dijo esto Francisco Estévan, ya habia dejado en la cámara á Claudia.

Volvia á entrar en la cámara el jóven.

XIV

— ¡Oh, qué feliz soy! esclamó.

— Si vos sois feliz, dijo Claudia, yo lo soy tambien.

Pero la tristeza enlanguidecia el alma de la jóven.

—Nada temais, dijo Francisco: dentro de muy poco tiempo... dentro de algunos minutos...

—¡Qué!...

—Sereis mi esposa.

—¡Cómo!

—Sí; os lo repito, he pensado que no podeis estar aquí sin ocupar vuestro lugar, un lugar digno; mi capellan es un escelente sugeto... ¿á qué esperar?... ello es preciso...

—Sí, sí; despues del paso que hemos dado, es preciso de todo punto legitimarlo de la manera que se pueda.

—Mi comandante, dijo respetuosamente en la puerta de la cámara el contramaestre á quien Francisco habia dado la llave del baul.

—¿Qué quereis? esclamó de mal humor Francisco.

—Perdonad, mi comandante; se apresuró á

decir el contramaestre: yo no quisiera incomodaros.

—¡Vive Dios! esclamó Francisco Estévan avanzándose pálido á la puerta.

El contramaestre se hizo atrás asustado.

—¿Quién os ha dicho á vos que me incomodais? ¿Quién os mete á vos á calificar mis intenciones?

El contramaestre no contestó, temeroso de irritar mas á Francisco Estévan.

Permaneció de pie, inmóvil, sombrero en mano y pálido de miedo, á pesar de que tenia la pinta de un leon.

—¿Qué quereis, pues, repitió creciendo en impaciencia Francisco Estévan.

—¿Se pone en la sentina lo que hemos encontrado en el baul tal como está? respondió respetuosamente el contramaestre.

—¡No, pardiez! desatadle y quitadle la mordaza.

—Muy bien mi comandante.

—Idos.

Y Francisco Estévan volvió á entrar en la cámara.

Como esta no era muy estensa, Claudia oyó aquel diálogo.

—¿A quién hay que desatar y quitar la mordaza? dijo.

—A Pardales.

—¡Ah! ¿Venia Pardeles en el baul?

—Sí, alma mia.

—Habeis hecho bien, pero que no le maltraten.

—No, no por cierto, ese hombre me sirve.

—A lo menos desorientará á mi tio el que

ha ya desparecido al desaparecer yo : pero ¿no hablará vuestra tripulacion ?

— Desgraciado del que hable.

— Tratais muy duramente á esos pobres, Francisco.

— Claudia mia, si no se les tratara así, nos comerian vivos : pero voy á hablar con mi buen padre Revolledo ; esto es, con mi capellan : entretanto os vais á quedar encerrada : vestíos, os lo suplico, vuestro traje propio.

— ¡ Oh, sí ! Dios quiera que el capellan no se niegue.

— Tengo confianza en que cuando conozca la situacion no se negará.

— Pues, id, id... es necesario salir cuanto antes de esta posicion falsa.

Francisco Estévan salió cerrando la puerta de la cámara y llevándose la llave, bajó al entrepuente y entró en el camarote del capellan.

Este dormia aun.

Le movió suavemente Francisco Estévan.

El capellan despertó y se incorporó vivamente.

CAPITULO X

EN QUE SE VÉ QUE FRANCISCO ESTÉVAN SE ATREVIA DE IGUAL MANERA A LOS CÁNONES Y A LAS ORDENANZAS DE MARINA

I

—¿Qué me quereis, buen mozo? dijo el capellan que parecia muy campechano y de génio alegre. ¿Cómo tan de mañana de pie? ¿Dónde habeis estado esta noche, mal sugeto?

—De aventuras, respondió Francisco.

— Guardad, guardad las aventuras, señor mio, dijo dando un lijero tinte de severidad á sus palabras el sacerdote.

— Padre Rebolledo, dijo Francisco Estévan, necesito hablaros como en confesion.

— ¡Ah! esto es sério, dijo el capellan mirando cuidadoso al jóven: estoy dispuesto á escucharos: pero no he de escucharos tendido y en la cama cuando se trata de una cosa tan séria, tan sagrada como una confesion.

— No, es mas bien una conferencia.

— ¿Hay sangre de por medio?

— No.

— ¡Ah! entonces, pues, os dirigís al amigo no al sacerdote.

— Al uno y al otro, pero mas que al sacerdote al amigo.

— ¡Ah! respiro y no dejo la cama; voy á pe-

dir mi chocolate; he despertado con apetito... vos lo tomareis conmigo, ¿eh?

— No, yo lo tomaré con otra persona y tarde.

— Bien, lo tomaré yo solo.

Y el capellan llamó á un muchacho de cámara y le mandó abrir su baul, que sacara su chocolate particular y que se lo trajera hecho.

II

— Os escucho, mi bravo amigo, dijo tomando de debajo de su almohada su bolsa de tabaco y poniéndose á hacer un cigarro.

— Tomad, padre Rebolledo, dijo sacando de un bolsillo interior de su casaca, una gran tabaquera

Francisco Estévan y dando un magnífico habano al capellan.

— Muchas gracias, dijo este; vos quereis seducirme... esquisito... veamos si yo me dejo seducir.

Francisco Estévan miró de una manera particular al capellan, y le dijo.

— Tengo en el barco una señora.

— ¡Cómo! esclamó el capellan suspendiendo la tarea de hacer fuego por el sistema antiguo de la mecha, el pedernal y el eslabon.

— Sí, anoche recibí esta carta.

Y sacó la de Claudia y la mostró al padre Rebolledo.

— ¡Ah! ¡ah! ¡Doña Claudia, la sobrina del Marqués de Castro Ponce! ¡la que salvásteis del tunecino Benavarre!

(Hay que advertir que el padre Rebolledo ha-

bia sido capellan del bergantin de guerra San Juan Bautista).

— ¡Sí, amigo mio, sí!

— Hermosísima criatura, y al parecer muy buena, dijo el capellan; pero este atrevido paso que vuestro amor ha dado es imperdonable.

— Escuchad, y cuando hayais oido, vereis que Claudia es digna de consideracion y respeto.

— Oigo y con gran atencion, dijo el capellan encendiendo su cigarro.

III

Francisco Estévan se lo refirió todo, incluso las terribles revelaciones de Pardales.

— Esto es grave, gravísimo, dijo el capellan:

uno de esos casos imprevistos que producen una situacion muy séria y muy comprometida.

— Ya veis, padre, que es necesario que nos casemos y cuanto antes.

— Bien lo veo: esa señora no puede permanecer en el buque ni un momento mas sin que se legitime su permanencia en él de alguna manera: sí, sí, su casamiento inmediato es de todo punto necesario: ¿pero sabeis á lo que nos esponemos infringiendo los sábios Cánones, sobre el matrimonio, del Santo Concilio de Trento? Vos á un presidio, ella á una reclusion y yo á que me recojan las licencias y á que me encierren, yo no sé por cuánto tiempo: pero no importa, no, yo tomo esto sobre mi conciencia; quiero sacrificarlo todo antes de dejar ni por un solo momento en duda el honor de esa señora: falto á mi deber, me hago merecedor de un severísimo castigo, hé aquí el sacrificio... no retrocedo: ¿pero vos sois libre?

— Sí.

— ¿Y Doña Clara?

Palideció Francisco Estévan.

— Vos sabeis que Doña Clara tenia para sí sola un camarote, dijo, que jamás he entrado yo ni ha entrado nadie en él, ni yo he estado nunca solo con ella.

— Pero os habeis pasado largas horas á la luna sobre el castillo de popa con ella.

— A vista de todo el mundo.

— Concedido; ¿pero de qué hablábais?

— Nos contábamos mútuamente nuestra historia.

— ¿No ha habido amores?

— No, padre Rebolledo.

— Quiero creeros; os creo, no me frunzais el gesto, *guapeton*: por consecuencia, si no ha habido amores, no habrá habido promesas.

— No.

— Pues Señor Don Francisco, Doña Clara os ama con toda su alma.

— Yo no lo he conocido.

— Habeis estado ciego : lo ha conocido todo el mundo.

— Soy, pues, muy torpe.

— No, no es que sois torpe, amigo mio: es que teneis el pensamiento, el corazon, el sér entero puesto en otra mujer.

— Es verdad.

— Vengamos á lo que importa : resulta que vos estais completamente libre.

— Libre de todo punto.

— ¿Y ella?

— Libre tambien : no ha amado hasta ahora.

— Permitidme que me vista : id á avisar á esa señora, que ha tenido sobradamente tiempo para tomar de nuevo su traje, una visita mia.

IV

En fin, dos horas despues, llenos los únicos requisitos que podian llenarse, esto es la confesion y la comunion de los novios, Francisco Estévan mandó que su tripulacion subiera sobre el puente.

Estaban en franquia fuera del puerto.

Habian salido mientras duraba la confesion de los dos jóvenes dentro de la cámara, segun las órdenes de Francisco Estévan.

Nadie habia visto á Claudia con su traje de mujer.

V

Acabada la comunion se abrió la puerta de la cámara y apareció Francisco Estévan debajo de la toldilla,

Llevando de la mano á Claudia que estaba hermosísima, mas hermosa por su escitacion.

El equipaje del *Vengador* no pudo contener un murmullo de estrañeza.

VI

Desde tierra no podia verse á Claudia.

Para esto solo habia salido del puerto el *Vengador*, que en aquel momento, impulsado por un fresco viento del Este, avanzaba con todos sus trapos graciosamente inclinados sobre la banda de babor.

—Amigos, dijo Francisco Estévan, por respetables razones, cuya manifestacion no es necesaria porque basta conque yo diga que son respetables, la Excma. Señora Doña Claudia de Aguas-Vivas, Marquesa de Sargado, se encuentra á bordo del *Vengador*, y á punto de ser mi esposa, como lo será dentro de breves instantes: ninguna razon de honor obliga este casamiento, sino nuestro

amor y nuestra voluntad, y se realiza aquí, lo repito, por graves consideraciones: estas obligan á que mi casamiento sea de todo punto secreto: ¡tripulantes del *Vengador*! ¿jurais guardar un profundo secreto no solo acerca de este casamiento, sino tambien de la estancia de esta señora en el buque?

—¡Sí! ¡sí! ¡sí! gritaron espontánea y calorosamente todos, desde el piloto hasta el último paje de escoba.

VII

Inmediatamente tuvo lugar la ceremonia.

Cuando esta estuvo terminada, Francisco Estévan, tendiendo su mano á Claudia, dijo:

—¡Tripulantes del *Vengador*! desde este mo-

mento considerareis á mi esposa como mi propia persona: lo que ella mandare, esté yo ó no á bordo será obedecido, y tened en cuenta que para esto basta por única ordenanza mi voluntad y por castigo lo que yo haré con aquel que mi voluntad desobedezca.

Despues de esto hubo un almuerzo de boda improvisado, y cuando hubo terminado, Francisco Estévan, mandando llevar al piloto el barco al puerto, entró en su cámara con Claudia.

La puerta se cerró trás ellos.

Tres horas despues... pero lo que sigue requiere capitulo aparte.

CAPITULO XI

DE COMO A VECES ES MUY PERJUDICIAL SER VALIENTE Y BUEN MOZO

I

Al medio dia estaba de nuevo en su fondeadero el Vengador.

La gente del puerto, que habia creido que Francisco Estévan habia ido en busca de nuevos

piratas para volver con los penoles de su barco cargado de cadáveres, no pudieron menos de estrañar su pronta vuelta.

La puerta de la cámara no se habia abierto aun.

Tardó todavía una hora en abrirse

Al cabo de ella, esto es, á la una, se abrió y apareció Francisco Estévan con su gran uniforme de capitan de navío.

Mandó echar una chalupa al agua.

Entró en ella.

Antes de llegar á los muelles, una pequeña lancha abordó á la chalupa.

En ella venia un jóven en quien Francisco Estévan reconoció á uno de los dependientes de su viejo amigo el comerciante Don Serafin.

— Señor Don Francisco, dijo el dependiente, traigo para vos una carta de mi principal.

— Dadme acá, dijo Estévan; saltad aquí y despedid esa lancha.

El jóven pasó á la chalupa.

A Francisco Estévan se le nubló el semblante al leer la carta.

« Amigo Francisco, decia; ¿qué mujer nos has traido á casa? desde hace tres horas, desde que llegó la hora de almorzar y vió que tú no almorzabas con nosotros, no podemos entendernos con ella ni mi mujer ni yo, y mis niñas están escandalizadas : te escribo de nuevo, porque cediendo á los deseos de Doña Clara, te escribí rogándote vinieses al momento á casa: pero el dependiente que yo envié con la carta, volvió diciendo que el « Vengador » habia salido del puerto sin avisar á la capitanía, sin proveerse de papeles, sin que se supiera á donde iba, lo cual habia causado mucha estrañeza, aunque todos saben que eres libre como el aire, y que haces tu santísima voluntad, sin pensar en nada,

como lo prueba la mujer ó la fiera que me has traido á casa. —En cuanto supo que el « Vengador » se habia hecho á la vela, rompió á gritos como una furia, llamándote traidor, ingrato, infame, y llamándonos á nosotros unos bribones, que te habiamos ayudado á engañarla, porque no te impedimos abandonarla: nosotros nos hemos puesto todos malos, y si no hemos llamado á la justicia, ha sido por consideraciones á tí, aunque no las mereces porque eres un libertino, que has comprometido á una familia honrada; y si tú debes algo, como es probable, y no se lo pagas á esta mujer, tiene razon en llamarte todo lo que quiera, aunque podias hacer el favor de no mezclarnos á nosotros en ello. Esta mujer no es cristiana, se ha dejado el crisma entre los moros, y el diablo que la resista. —Han venido á decirme que el « Vengador » ha vuelto á entrar en el puerto, y envio con esta segunda, y no de cambio, á uno de los dependientes con órden de que no se venga sin una contestacion: te ad-

vierto que si no vienes, tomaré una resolucion cualquiera, sea la que fuere, porque yo no puedo tener á esta furiosa en mi casa.—Tu amigo siempre y á pesar de todo, Serafin.

II

—¿Y qué derecho tiene para esto? esclamó irritado Francisco Estévan: ¡vogad aprisa, muchachos, vogad aprisa: me tarda llegar!

Los marineros apretaron los puños, y pocos minutos despues Francisco Estévan entró en casa de Don Serafin.

Al verle Clara, que estaba desencajada, descompuesta, acreció en palidez, irradiando en sus ojos una mirada de alegría y de esperanza, y la fiera se convirtió en un ángel.

—¡Ah! me habia engañado, dijo: no, vos no podiais abandonarme, dejarme sola en el mundo, yo me he vuelto loca; yo he faltado al respeto á esta dignísima familia... ¡ah! ¡ah! ¡no era posible, no!

Francisco Estévan comprendió que la mejor manera de salir de aquel terrible apuro, era engañarla:

—Y bien, Doña Clara; dijo, ya sabeis que yo tengo hecho voto de vengar á mi padre, esterminando cuantos pueda de los piratas africanos.

—Y habeis hecho bien: dijo con vehemencia Doña Clara: la venganza es el amargo placer que buscamos para consolarnos de los dolores que nos ha causado un infame.

Francisco Estévan se irritó.

Pero quien le provocaba era una mujer, y una mujer desgraciada, y se contuvo.

—He salido de improviso á hacer un reconocimiento, dijo; aun estaban fatigadas las vergas del « Vengador » del peso de los cadáveres de los piratas vencidos por mí, cuando vinieron á avisarme de que se acercaba un pirata á la costa: afortunadamente, esto no era cierto y me he vuelto.

—¡Ah! esclamó Clara respirando, como una persona á quien quitan de encima un peso que le abruma.

Luego se echó á llorar.

—Perdonadme, dijo arrojándose á los brazos de Doña Mónica: perdonadme; ¡estoy sola en el mundo! ¡soy muy desgraciada! ¡mis padres han sido degollados! ¡no tengo á nadie mas que á él, á mi generoso libertador!

A Francisco Estévan se le apretó el corazon.

Se levantaba delante de él un gran inconveniente.

Una mujer terrible, una mujer capaz de todo y

contra la cual no podia volverse él que era bravo, cristiano y caballero.

En cuanto á Don Serafin, se le puso el corazon de manteca.

Era un escelente hombre.

En cuanto á las demás personas de la familia, se enternecieron.

Tal habia sido la elocuencia del dolor y del sentimiento de las palabras de Clara, y de la espresion y del acento que habian acompañado á aquellas palabras.

III

—No digais que estais sola, señora, dijo Don Serafin, estando en mi casa; verdad es que nos

habeis llamado bribones, palabra que no creia yo pudiera haber nadie que se atreviera á decírnosla: pero en fin, vos decís que la partida de este os ha vuelto loca, y los locos no pueden ofender á nadie: en fin, yo creo que lo que os haya prometido Francisco os lo cumplirá, porque es hijo de un hombre que no faltó jamás á las promesas que hizo.

—Ninguna promesa me ha hecho á mí Don Francisco, se apresuró á decir con la voz trémula y toda confusa Clara: nada me debe, ni yo soy mujer que doy ocasion á que se me deba nada; añadió con una elocuente altivez; es que yo...

Francisco Estévan no sabia donde estaba.

Le dolia la situacion de Clara, y sentia un miedo instintivo por Claudia.

—Vos tendreis vuestros motivos, dijo Don Serafin: motivos que yo respeto, señora; pero yo creo que todo eso se arreglará: vamos á ver, tú Francisco.

—Si, si, hablad; dijo con vehemencia Clara.

IV

Doña Mónica, antes de esto, se habia llevado á sus hijas.

De otro modo, algunas de las palabras de Clara, hubieran sido de todo punto inconvenientes.

Verdad es que no habian sido muy indiscretas las que habia pronunciado en los momentos de su desvarío.

—Tranquilizaos completamente Doña Clara, dijo Francisco Estévan: yo no os he abandonado, yo no puedo abandonaros nunca.

—Mas claro, mas claro, dijo la desesperada Doña Clara: necesito saber cuál es mi suerte.

—Yo no os comprendo, señora; dijo Francisco

Estévan al verse acometido de una manera tan ruda y tan directa.

— Pero comprendereis muy bien, dijo con una calma profunda Doña Clara que se habia dominado, que yo he estado en vuestro poder un mes, y que mi fama...

Irritóse Francisco Estévan.

—Un año habeis estado en poder de moros, señora; esclamó de una manera irreflexiva, arrastrado por la cólera.

— ¡ Ah ! esclamó Clara.

Y aquel ¡ah ! fué tan terrible, como si hubiese sido el resultado de una puñalada recibida en el corazon.

Al mismo tiempo, Clara se cubria el rostro con las manos, se desplomó sobre un sillon y rompió á llorar.

— Yo no creia que tú eras malo, Francisco, esclamó el sencillo y honrado comerciante.

—¡Don Serafin!

—¡Don demonio! Dios me perdone: pero me parece que tú no tienes génio para tratar con mas gente que con los marineros, sí señor, sí; con los marineros que tienen que sufrirte.

—¡Válgame Dios! esclamó tristemente Francisco Estévan que habia comprendido que habia hecho mal. ¡Yo pido perdon por la dureza de mis palabras á Doña Clara, yo no las creia, yo no las sentia.

Clara no contestó.

Continuaba llorando replegada sobre la silla.

—Bien, muy bien; dijo Don Serafin: le soltamos al prójimo un trabucazo, le metemos hasta los tacos en el cuerpo, le abrasamos las entrañas, y luego creemos arreglarlo todo con decir vuesamerced perdóneme, yo no tenia intencion de matar á vuesamerced; pero que entierren á vuesamerced, si no se puede de otra manera de limosna.

BIBLIOTECA Granada ANDALUCIA

—¡Válgame Dios! repitió Francisco Estévan.

—No hay válgame que valga: cuidado señor mio: ¿vos creeis á Doña Clara una inocente doncella?

—¡Si, por mi honor!

—¿Vos creeis que esta honesta é hidalga y rica doncella os ama?

—¡Don Serafin!

—Don diablo, digo: responded...

—Yo me siento muy dichoso...

—Pues á casarse...

—Yo soy casado, dijo rompiendo por todo Francisco Estévan.

Clara alzó la cabeza con un movimiento tal, que hizo temblar á Francisco Estévan.

—¡Casado! esclamó Don Serafin.

—¡Yo me he engañado! sí, me he engañado, dijo Clara: vos no me habiais hablado jamás de vuestro casamiento, vos jamás me habeis di-

cho una sola palabra de amor, pero yo creia... bien... perdonadme Señor Don Francisco, yo he sido una insensata, yo habia creido vuestra hidalguia, vuestra cortesanía estremada, el placer con que parecia hablábais conmigo durante largas noches á la luz de la luna, sobre las ondas bajo los cielos, un amor respetuoso, un amor, un amor profundo que no hablaba porque me teniais en vuestro poder, y esta discrecion, este respeto me habian hecho enamorarme mas de vos... me he engañado: perdonad si mi engaño ha podido daros enojo... yo espero, Don Serafin, que vos tambien me perdonareis el escándalo que he dado en vuestra casa; yo me avergüenzo de ello, yo no sé lo que ha pasado por mí, pero eso no volverá á pasar, porque todo ha pasado ya. Adios, Señor Don Francisco, adios: que él os haga feliz con vuestra esposa.

Y salió de la habitacion.

V

—¿Has oido? ¿has visto? dijo Don Serafin.

—Lo que veo y lo que digo, es que Doña Clara ha creido lo que no existia.

—No hay que añadir ni una sola palabra á las que ella ha dicho: ella tiene razon: tú no eres bueno: tú te has casado, yo no lo sabia, y casado y todo, me has traido una mujer hermosa, huérfana, desamparada, que sabias demasiado que te amaba: tú no eres honrado, Francisco.

—¡Don Serafin!

—¡Oh! ¡oh! señor *Guapo*: ¿qué quereis decir?

—Nada.

—Pues yo sí quiero decir: mira, esa señora no necesita de tí para nada...

—Escuchadme...

—No escucho: hablo y mando que no se me interrumpa: te he visto nacer, mis canas tienen derecho á ser respetadas, y tengo la seguridad de que tu padre te hablaria con mas dureza que yo: oye; esa señora, no te necesita para nada: te lo repito: estoy yo aquí: yo haré que la reconozcan y que la den su herencia, y la serviré de padre.

—No la habia yo traido aquí para otra cosa.

—Silencio digo: ahora no tengo que añadir mas que una cosa: todo el que se casa, da parte de su casamiento á sus amigos; tú no me la has dado á mí, luego no eres mi amigo.

—¡Escuchadme!

—¡No!

—A los que no son mis amigos, no los recibo yo en mi casa.

—Adios, Don Serafin, dijo Francisco Estévan: ahora no estais en disposicion de escucharme, yo volveré.

—Escusaos de volver, porque os encontrareis la puerta cerrada.

Francisco Estévan salió impaciente y desesperado.

Aquella escena inesperada, le habia causado una impresion profundísima.

Un sentimiento estraño que no podia esplicar, le conmovia el corazon, respecto á Clara.

Pero muy pronto el ardiente recuerdo de Claudia se sobrepuso á aquel sentimiento misterioso, y se dirigió á casa del Marqués de Castro-Ponce con una terrible disposicion de espíritu.

CAPITULO XII

TAL PARA CUAL

I

Antes de entrar con Francisco Estévan en la casa del Marqués de Castro Ponce, veamos lo que habia acontecido en ella.

Aun no eran las nueve de la mañana, cuando

el Marqués tiró del cordon de la campanilla que estaba á la cabecera de la cama.

Acudió un ayuda de cámara.

— ¡ Alejandro ! le dijo el Marqués con estrañeza ; ya sabes que cuando llamo á quien llamo es á Pardales.

— Pardales no está, señor, contestó Alejandro.

— ¿Qué no está Pardales? ¡imposible ! Pardales no sale nunca sino despues de haberme servido.

— No le hemos visto por lo menos, señor.

— Debe estar enfermo : que vayan á su cuarto.

Alejandro comunicó esta órden de su amo, y se puso á vestirle.

Aun nose habia concluido esta operacion, cuando el criado, á quien habia enviado Alejandro á informarse, vino y dijo :

— El Señor Pardales no está en su cuarto, ni

hay señales de que haya pasado en él la noche, porque la cama está sin deshacer.

— ¿Qué significa esto? esclamó el Marqués cuidadoso: ¿qué ha sido de Pardales? es necesario averiguarlo.

— Se averiguará, señor.

II

El Marqués, una vez vestido, se encaminó al cuarto que ocupaba en su casa el Conde de Tres Pozos.

Allí se dormia aun, puesto que nadie respondió al llamamiento del Marqués, que levantó el picaporte, y entró murmurando:

— Nada tiene de estraño, despues de una noche de amor.

Prepárense nuestros lectores á lo infame.

A lo infame que se encuentra por todas partes en cuanto se profundiza algo en ese abismo que se llama corazon humano.

El Marqués adelantó y llegó hasta un suntuoso lecho donde dormia un hombre de semblante duro é innoble.

En una palabra, el Conde de Tres Pozos.

— Es estraño, dijo el Marqués reparando en la sombría espresion del semblante del Conde; ¿habremos tenido una derrota?

III

En aquel momento el Conde despertó, se incorporó, reconoció al Marqués y dijo:

— ¿Estais impaciente, eh? pues bien, nada tengo que deciros.

— ¡Nada!

— Nada.

— ¡Oh! ¿y cómo es eso?

— A la media noche salí y me dirigí al cuarto de esa señorita con la llave de que vos me habiais provisto; abrí y entré: pues bien, me encontré con la jaula sin el pájaro.

— ¡Sin el pájaro!

— Sí, pardiez, sin el pájaro que sin duda nos ha adivinado ó ha desconfiado y se ha ido á dormir con su dueña.

— ¿Con su dueña?

— Lo supongo por lo menos: yo esperé algun tiempo por ver si el pájaro volvia al nido, pero dieron la una, las dos... entonces me volví á mi cuarto y me acoste.

— Pues hay una coincidencia estraña.

— ¿Cuál?

— Mi ayuda de cámara inmediato, mi hombre de confianza ha desaparecido.

— Señor, dijo á la puerta un criado: con el permiso de Vuecencias: Doña Eugenia dice que necesita hablar con Vuecencia.

— Perdonad, perdonad Conde, dijo el Marqués; pero estoy que no me llega la camisa al cuerpo.

Y salió.

El Conde se quedó sombrío, silencioso, meditabundo y con una espresion de lobo en el semblante.

IV

Muy pronto el Marqués de Castro-Ponce no pudo tener duda de que su sobrina y su ayuda de cámara de confianza habian desaparecido.

Volvió al cuarto del Conde de Tres Pozos que acababa de vestirse.

— ¿Qué me decís de esto? esclamó rugiente de cólera el Marqués.

— ¿De qué?

— De la fuga de mi hermosa sobrina con mi leal ayuda de cámara.

— ¡Ah! ¿se ha fugado la hermosa Doña Claudia?

— Sí.

— Es de suponer que no se haya fugado por amor con vuestro primer ayuda de cámara, que es un vegestorio repugnante.

— Indudablemente no.

— Aquí hay un tercero.

— Ese tercero sin duda es un amante, dijo el marqués que arrojaba fuego por los ojos.

— No, Marqués, no; las amantes no se depositan de noche, y sobre todo no se admite en de-

pósito á una pupila sin mandato del prelado, ni se obtiene este mandato sin la autorizacion de los parientes de la jóven, ó de su tutor: no Marqués, no: Doña Claudia se ha evadido...

— Si, se ha evadido miserablemente.

— Pero yo creo que debe estar en alguna parte; si no hubiera desaparecido tambien vuestro ayuda de cámara yo os diria que era preciso reconocer el pozo, porque Doña Claudia es muy vehemente; pero no, no ha atentado á sus dias; por el contrario se ha ido á pasarlos mas á su gusto que aquí.

— ¿Dónde?

— ¿No habeis sorprendido vos alguna inclinacion en Doña Claudia?

— Si.

— ¿Por quién?

— Por ese maldito capitan que tanto ruido dió ayer aquí, por ese guapeton, por Don Francisco

Estévan; ya se ve, la habia salvado de los piratas que se la llevaban...

— ¡Ah! pues está en poder de ese Don Francisco.

— ¿Lo creeis? si no se trataban, si ese Estévan, aunque amigo mio, ó mas bien conocido de vecindad, no ha venido desde que está aquí Claudia...

— No importa, dad parte al corregidor y que se registre la casa de ese guapo; que se haga una visita á su barco.

— Será inútil, dijo el Marqués; yo conozco bien á mi sobrina, ella no se hubiera ido con ese hombre aunque le hubiera adorado; damos inútilmente una campanada; creedme, ella se ha ido á tomar distancia; ocultemos esta fuga que ella misma dará, y no dentro de mucho tiempo, noticias de sí.

— No se pueden ocultar sucesos importantes en una casa donde hay mucha servidumbre, dijo

el Conde, y es posible que ya lo sepa toda Cartagena, y por lo mismo es necesario que obreis con grande energia para arrojar de vos toda responsabilidad, toda tacha de debilidad indecorosa.

— ¡ Ah ! de todos modos el mal está hecho; los proyectos que yo he halagado tanto tiempo se desvanecerán : vos no os casareis con mi sobrina.

— ¿ Y por qué no ? yo tengo una gran confianza en ella : Doña Claudia podrá muy bien cometer una locura, pero no se deshonrará : el mundo dirá lo que quiera, pero yo me rio del mundo : es un animal de muchas cabezas : yo adoro á Doña Claudia, me vuelve loco su hermosura, y la haré mia ó pereceré.

Y una sonrisa sardónica frunció los labios del Marqués.

— ¡ Oh ! vos la hareis muy feliz, dijo.

— Sí, felicísima, ella estimará en lo que vale

mi amor, dijo el Conde dejando ver otra sonrisa infernal; pero para que yo la haga feliz es necesario que parezca; acudid al Corregidor que yo entretanto voy á salir y á tomar lenguas.

V

El Corregidor fué avisado.

Este alto funcionario en persona, con una nube de alguaciles, se presentó casa de Francisco Estévan y se registró desde los sótanos hasta por cima de los tejados.

Pero nada se encontró, ni el mas leve vestigio.

Los dos viejos criados estaban prevenidos y el lecho que habia ocupado durante algunas horas Claudia, habia sido renovado de ropas y compuesto.

En cuanto al registro del Vengador, no fue posible; se habia hecho á la vela y sin avisar á nadie.

— ¡Se la ha llevado! esclamó desesperado el Conde de Tres Pozos.

— No se la ha llevado, dijo el Marqués; nadie ha visto embarcarse á ninguna dama, y se sabe que habia venido aviso al Vengador de que habia piratas á la vista de la costa.

Esta era una precaucion que habia tomado Francisco Estévan.

— Además de esto, dijo el Marqués de Castro-Ponce, las autoridades de marina se oponen á que se le haga la injuria de registrarle el barco á un *valiente que ha hecho un servicio tal como el de ayer* por meras suposiciones: están orgullosas con su corsario, y solo se ha podido recabar de ellas que cuando vuelva Don Francisco le pregunten con grandes consideraciones lo que haya acerca de mi sobrina.

— Este es un negocio que se le ha llevado el diablo, Marqués, dijo irritado el Conde, y vos teneis en gran parte la culpa; no debiais haberla advertido: en fin Dios ó el diablo dirán: yo vuelvo á salir para ver si obtengo alguna noticia.

Y el Conde salió de nuevo.

Aun no haria una hora que habia salido cuando un criado anunció al Marqués de Castro-Ponce una visita de su amigo el capitan de navío Don Francisco Estévan.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DEL TOMO PRIMERO

Capitulo primero. — Biografía de nuestro héroe. 1

Capitulo II. — Cual fue el primer dolor de Francisco Estévan. 25

Capitulo III. — De cómo y por qué Francisco Estévan emprendió la carrera de Corsario bajo la bandera del Rey. . 59

Capitulo IV. — En que continúa la materia comenzada en el anterior y aparece en escena un nuevo personaje. . . 83

Capitulo V. — En que se conoce una honrada familia y se presenta otro nuevo personaje. 93

Capitulo VI. — En cuyo final Francisco Estévan recibe una gratísima noticia y se le desvanece un sueño á Don Serafin. 117

Capitulo VII. — En que Francisco Estévan conoce que era mas feliz que lo que habia creido y hace una buena presa. 153

Capitulo VIII. — De como Francisco Estévan se encontró con que el marqués de Castro Ponce era un vecino de honra. 160
Capitulo IX. — De como Francisco Estévan era un gran escamoteador. 185
Capitulo X. — En que se vé que Francisco Estévan se atrevia de igual manera á los cánones que á las ordenanzas de marina. 225
Capitulo XI. — De como á veces es muy perjudicial ser valiente y buen mozo. 241
Capitulo XII. — Tal para cual. 261

PARIS. — IMP. SIMON RACON ET COMP., RUE D'ERFURTH, 1